
LA LOCURA de
BEVINGTON
VAN. S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

VAN S. SMITH

LA LOCURA DE BEVINGTON

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito legal: 2935 - 1961
Num. de Rgtro.: 5970 - 1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Después de una mañana húmeda y brumosa, el viento trajo la lluvia sobre el aeródromo internacional de Nueva York City.

Desde la ventana del pabellón del lazareto, mirando a su alrededor sobre la arboleda del parque, Stefan Breit experimentó la desagradable sensación de encontrarse solo en un mundo gris, silencioso, desierto y muerto.

Ante Breit, las pistas de acero se prolongaban abrillantadas por la lluvia como caminos líquidos durante miles de yardas hasta las arenosas dunas del extremo oriental de Long Island. A una milla de distancia, a través de la gris cortina de la lluvia, Breit alcanzaba a distinguir la borrosa silueta de los grandes hangares.

Había varios aviones gigantescos inmóviles ante los hangares y la pista de rodaje, autos cisternas de brillante color rojo, camionetas y carretones para equipajes, pero ni un ser viviente en cuanto alcanzaba la vista sobre la inmensa extensión del mayor aeródromo del mundo.

Hacia el oeste, en días normales con buena visibilidad, Breit podía ver desde la ventana de su clínica las doradas cúpulas de los rascacielos fulgiendo al sol como ascuas. La Nueva York que en los últimos años había surgido de los escombros de la primitiva ciudad derruida por las bombas

atómicas, era mil veces más hermosa, más altiva que aquella otra sucia y antiestética que Breit no había llegado a conocer.

Hoy, sin embargo, la ciudad permanecía oculta tras el telón de la lluvia, y todo el mundo que Breit alanzaba a ver era aquél que limitaba el círculo sombrío del aguacero de otoño.

-Dígame la verdad, doctor. ¿Es peste?

La voz sonaba detrás de Breit, pero antes que éste contestara crispó sus puños en los bolsillos de la bata blanca que le envolvía.

Breit se volvió hacia el hombre que, pálido y febril, abotonaba con torpes dedos su guerrera caqui en el centro de la habitación.

-Lo siento, coronel. Creo que debe ser trasladado inmediatamente al Hospital.

-¿Para qué? -la voz del coronel Glodden expresó toda la amargura del hombre que se sabe desahuciado, enfermo y sin esperanza-. ¿Para qué al Hospital? ¿Para que me dejen morir allí como un perro?

-No puede permanecer aquí, usted lo sabe.

-Entonces permítame irme a casa. Usted es amigo mío. ¿Hará eso por mí, no es cierto?

Breit vaciló.

-Eso equivale a una grave responsabilidad para mí si... -Breit se interrumpió, hizo un ademán ambiguo. En realidad, ¿qué importaba si Glodden regresaba enfermo a su pueblo? Las barreras sanitarias que el gobierno intentaba oponer a la propagación de la peste habían demostrado harto su ineficacia. Desde Nueva York al último villorrio de los Estados Unidos, en toda América y en el resto del mundo, la peste negra cosechaba cada día sus víctimas por centenares de miles. Los hombres no sabían cómo atajarla. La más moderna ciencia médica se manifestaba impotente para combatirla.

-Está bien -dijo Breit levantando los hombros-. Le extenderé un certificado. Pero tendrá mucha suerte si al llegar a su ciudad no es detenido y confinado por las autoridades sanitarias locales. Luego... bueno. Luego queda a cargo de su propia conciencia la responsabilidad por el contagio que pueda sobrevenir a sus familiares como consecuencia de su presencia entre ellos.

-Mis dos hijos han fallecido víctimas de la peste. Sólo me queda mi mujer. Espero que a ella no le importe mi regreso a casa contaminado.

-No, claro que no le importará -dijo Breit para animar al soldado, y tomó asiento a la mesa para redactar el certificado.

Glodden se acercó a la ventana, se detuvo pasándose la mano por la calenturienta frente y miró el campo a través de los cristales.

-¿Cuánto cree que durará esto, doctor?

Breit sabía que Glodden preguntaba otra cosa diferente, sin embargo

contestó:

-Si es que esto le puede servir de algún consuelo, Glodden, tenga la seguridad que pronto nos reuniremos todos allá.

-Entonces, ¿va a ser exterminada la Humanidad?

-Sí, coronel. Si Dios no lo remedia, y no parece por las trazas que se proponga remediarlo, este planeta quedará despoblado en un plazo no mayor de medio año.

-¿Y no cree usted... en fin, no hay una posibilidad de que los investigadores que se ocupan de eso encuentren un remedio eficaz antes de que sea demasiado tarde?

-Ésa es la única esperanza que nos anima, pero francamente es una esperanza bien remota. En la carrera contra el tiempo que libran nuestros más destacados investigadores, esas bacterias desconocidas llevan todas las de ganar. Ya ve, tardamos siglos en vencer los bacilos de Koch, a pesar de ser la tuberculosis una de las enfermedades más antiguas de la humanidad, y sólo contamos con semanas para hallar un medio de combatir a este nuevo y más feroz enemigo.

Glodden, impresionado, guardó silencio. Luego murmuró mirando a Breit, sacudiendo pesimistamente su gris cabeza:

-No puedo creerlo. Dios no ha podido disponer un final tan estúpido para las criaturas de su propia Creación. Hemos sobrevivido a los horrores de una guerra atómica. ¿Y vamos a perecer víctimas de una minúscula, de una insignificante bacteria?

-Esa «insignificante» bacteria, tan pequeña que nadie puede verla sin ayuda de un microscopio, es mil veces más temible que todas las bombas atómicas que se arrojaron durante la pasada guerra. Contrariamente a lo que ocurre con las bombas, a las bacterias nadie las puede controlar. No existen refugios contra ellas. Y no respetan a nadie.

Zumbó el teléfono sobre la mesa de Breit. Éste descolgó el aparato y lo aplicó a su oído. Escuchó con asombro, miró a Glodden y dijo tapando con la mano el micrófono:

-¿Recibió usted algún aviso, en el sentido de que los prosélitos de Bevington iban a venir?

-¿Los prosélitos de Bevington? -exclamó el coronel asombrado.

-Hay un centenar de ellos ante las verjas del lazareto solicitando se les dé permiso para entrar.

-¿Quiere decir que vienen «aquí»?

-Eso es lo que parece.

-Espere, déme ese teléfono -dijo Glodden con súbita animación acercándose al aparato y tomando éste de la mano de Breit-. ¿Quién está al aparato? ¿Es usted, Booth…? Sí, dígame...

Glodden escuchó atentamente afirmando con la cabeza.

-¿Entonces, es que uno de esos cohetes de Bevington se dispone a aterrizar aquí? ¿No lo sabe? -Glodden escuchó con el auricular pegado al oído-. ¿Probablemente, eh? Está bien, aguante a esa gente ahí mientras comunico con la torre de vuelos.

Glodden golpeó en el soporte sin soltar el teléfono de la mano.

-¿Centralilla? Póngame con la torre de vuelos -miró a Breit mientras esperaba la comunicación-. Esa gente no quiere soltar prenda. No saben si alguna cosmonave aterrizará en este campo. Solo que les han citado aquí y desean ser reconocidos para obtener el correspondiente certificado. Voy a preguntar a la torre de vuelos si se ha recibido algún radio de alguna nave cohética solicitando permiso para aterrizar.

-Aquí tiene usted su certificado -dijo Breit dejando un papel sobre la carpeta-. Estaré abajo junto a la verja.

Breit tomó del armario su impermeable de celofán y abandonó el despacho precipitándose escaleras abajo.

Era un hombre joven, de 28 años de edad, alto, rubio y de ojos azul acerado. Su figura, más que a la de un médico, correspondía a la de un jugador de rugby. Tenía cuadrados hombros, fuertes espaldas, y largas y musculosas piernas.

En realidad, Breit había sido un magnífico delantero en sus años de estudiante, cuando todavía estaba en la Universidad.

Ahora, un interés que sobrepasaba toda afición científica impulsaba las ágiles piernas de Breit en busca del grupo de gente que esperaba bajo la lluvia ante la cerrada verja.

Mientras cruzaba el parque, la lluvia empapaba los rubios cabellos de Stefan y los pegaba a su despejada e inteligente frente sin que él se diera siquiera cuenta. Su curiosidad le llevó en breves minutos por el sendero de asfalto hasta la verja de hierro que custodiaban los soldados del coronel Glodden.

Había un grupo de gente, hombres y mujeres, envueltos en impermeables la mayoría de ellos, otros arrebujados en sus abrigos de entre tiempo y en sus gabardinas bajo los paraguas, esperando impacientes al otro lado de la verja. Detrás, a corta distancia, se veían dos autobuses con los motores parados, y sobre éstos algunas pocas personas con unos cuantos niños que pegaban sus rostros a los empañados cristales.

Breit quedó mirando atentamente al grupo mientras el oficial que mandaba el piquete se le acercaba y exclamaba en son de burla:

-Mírelos. ¿No parecen distintos de los demás, no es cierto?

Booth acababa de expresar en estas palabras el pensamiento del propio Breit.

Ningún rasgo exterior distinguía a aquellas personas, y sin embargo eran distintas del común de la gente. Todos ellos, hombres y mujeres,

habían abrazado la nueva religión de Bevington. Eran, por este solo hecho, seres privilegiados a quienes su profesa iba a conducir a su tierra de promisión.

En esta hora trágica en que el mundo contemplaba con horror su próximo e inevitable fin, aquella gente solamente contaba con una probabilidad de salvación.

En Ganímedes, donde Bevington situaba su nueva tierra de promisión, no había peste. Si Bevington, que allá en su remota colonia gozaba de todos los privilegios del autócrata que es a la vez jefe de su propia religión, conseguía evitar la propagación de la peste, sus prosélitos se salvarían y la Humanidad de la Tierra vería en las generaciones que se sucederían en Ganímedes una continuación de su historia, su civilización y su cultura.

Breit dijo reflexionando en voz alta:

-Ellos, o al menos los hijos de sus hijos, verán amanecer un nuevo día en este planeta cuando el último de nosotros lleve mucho tiempo convertido en polvo.

-Sí, tienen suerte después de todo estos chiflados -dijo el teniente Booth suspirando-. ¡Quién pudiera pillar una de las cosmonaves de Bevington y volar lejos hasta Ganímedes, donde dicen que no hay cólera y la gente vive como en un nuevo paraíso terrenal!

-Si quiere ir allá puede que todavía esté a tiempo -dijo Breit con sarcasmo-. No tiene más que abjurar de su religión y abrazar la nueva religión de Bevington aceptando como ciertas sus mentiras y falsedades.

Booth no llegó a contestar.

Del borrón de la lluvia, por la carretera de Nueva York, acababa de surgir una caravana formada de una veintena de enormes camiones cisterna pintados de un brillante color rojo que hacían sonar un coro de sirenas.

-¡Hola! ¿Qué es eso? -exclamó Breit.

Los camiones marchaban muy lentamente y a medida que se acercaban fueron visibles las listas amarillas sobre el fondo rojo de sus parachoques, así como los carteles que en el techo de las cabinas expresaban escuetamente: «Danger».

El coronel Glodden llegó por el sendero de asfalto seguido del capitán Trayne, ambos envueltos en sus largos impermeables de campaña. Glodden, a quien su estado febril daba mayor animación en los ojos, miró hacia los camiones que se detenían en la carretera y dijo:

-Ahí están los tanques de combustible para la cosmonave. Trayne, ocúpese de hacerlos pasar por la entrada de servicios y póngalos en lugar seguro donde no puedan ocasionar una catástrofe. Ese combustible para cohetes es muy peligroso.

-¿Entonces es que la cosmonave se dispone a aterrizar en nuestro aeródromo? -exclamó Breit.

-En el mismo momento que yo telefoneaba a la torre de vuelos, la cosmonave de Bevington solicitaba por radio permiso para aterrizar. El permiso le ha sido concedido y la cosmonave estará aquí dentro de un par de horas. ¿Cree que tendrá tiempo de hacer un reconocimiento médico a esa gente en tan poco tiempo? -Glodden señalaba al grupo de hombres y mujeres que esperaba pacientemente bajo la lluvia al otro lado de la verja.

-Sí -dijo Breit-. No son demasiados después de todo.

-Booth, abra la verja -ordenó el coronel-. Que dos soldados y un sargento escolten al grupo hasta el lazareto.

* * *

A las cuatro de la tarde dejó de llover. Un viento helado procedente del mar empujó las nubes hacia tierra, permitiendo ver algunos claros de cielo azul.

-Si el tiempo se sostiene así, todavía podrán efectuar un fácil aterrizaje -dijo Breit pensativamente contemplando el encharcado campo a través de los cristales de la ventana. Aunque no especificó quiénes iban a realizar aquel feliz aterrizaje, se sobrentendió que se refería a la cosmonave de Bevington. Volvió al centro de la habitación-: ¿Quedan muchos todavía?

-Uno solo -repuso la enfermera que tecleaba en la máquina de escribir extendiendo los certificados. Miró la lista que tenía sobre la mesa-. Es una mujer, la señorita Alma Weckerman.

-Hágala pasar. Si fuera posible, me gustaría salir afuera para presenciar el aterrizaje del cohete.

La enfermera abrió la puerta de la clínica.

-¿Señorita Weckerman?

Una joven alta y rubia entró en el consultorio. Vestía un elegante y sobrio traje sastre gris oscuro y llevaba colgando del brazo un impermeable azul eléctrico perlado de diminutas gotas de lluvia.

Sus grandes y hermosos ojos miraron con embarazo a su alrededor hasta detenerse en Stefan Breit.

-¿Se llama usted Alma Weckerman? -preguntó Breit.

-Sí.

-Yo conocí a cierto Weckerman... ¿Hay algún grado de parentesco entre usted y el profesor Weckerman, el famoso investigador y biólogo que estuvo en la Universidad de Hartford durante varios años?

-Es mi padre -dijo la muchacha con sencillez.

-¡Dios mío! -exclamó Breit echándose a reír-. ¡Cómo ha crecido! Usted no se acordará de mí.

-No.

-Estuve yendo a su casa de Hartford a diario durante todo un verano en que tuve que repetir una asignatura. Su padre me daba lecciones

particulares...

-Discúlpeme si no recuerdo -se excusó la señorita Weckerman sonrojándose-. ¡Pasaron tantos alumnos de papá por nuestra casa!

-Sí, eso es verdad. Fuimos muchos los que abusando de la bondad de su padre le robamos horas a su descanso y su labor investigadora acudiendo a él en demanda de una mano de ayuda. ¿El profesor vive todavía?

-Sí.

-Vaya, me alegro -Breit lanzó una rápida mirada al armonioso contorno de la joven. Después dijo escudriñando su lindo rostro-: Recuerdo muy bien a su padre, miss Weckerman. Tal vez porque conocía su religiosidad me cuesta creer que él la aconsejara para que abjurara de su fe, buscando la salvación en las filas de ese embaucador que se dice a sí mismo profeta.

-Usted se equivoca, doctor. No he abjurado de mi fe católica ni es mi propósito hacerlo.

-Bueno, usted acaso pensará que no es asunto de mi incumbencia pero, ¿cómo se explica entonces que haya sido admitida entre los prosélitos de Bevington? Nadie que no se haya convertido previamente a su absurda religión ha sido admitido jamás como pasajero a bordo de las naves de Bevington.

-Aunque pocas, Bevington ha hecho algunas excepciones. Una de éstas fue mi padre. Y yo soy otra excepción, pues he recibido permiso para ir a reunirme con papá en Ganímedes.

-¿Su padre está en Ganímedes? -exclamó Breit.

-El señor Bevington le hizo una oferta muy tentadora por mediación de sus agentes para que papá fuese allá a investigar las enfermedades que por razón de unas bacterias extrañas a la Tierra pudiesen atacar a la colonia terrícola allí asentada.

-¡Oh! Comprendo -murmuró Breit confundido-. Usted debe estar pensando que soy un entrometido... Bien, ¿de modo que quiere ir usted allá?

-Sí. Es decir, si reúno las condiciones exigidas en cuanto a salud.

Breit dijo volviéndose hacia la enfermera que de nuevo tecleaba en la máquina:

-Señorita Wrigh, extienda también un certificado de buena salud a miss Weckerman.

-Sí, doctor.

Breit miró de nuevo a la señorita Weckerman.

-Ya puede ir tranquila. Su pasaje en la cosmonave está asegurado, al menos en lo que a mí respecta.

-¿Quiere decir que... no me hace reconocimiento médico alguno?

-No creo que sea necesario. Y evitándole pasar por ese reconocimiento, a mi vez me considero acreedor de un pequeño favor.

-Sí, claro. Sólo que no sé si esto será correcto. Imagine que estuviese contaminada de peste sin saberlo.

-Si lo estuviese, su enfermedad se manifestaría durante el largo viaje que va a emprender, y al llegar a Ganímedes sería internada en un lazareto. No habría salvación para usted, pero al menos podría ver a su padre antes de morir... si no había muerto mucho antes de desembarcar en Ganímedes.

-¡Pero pondría a los ocupantes de la cosmonave en el riesgo de contaminarse a su vez! -exclamó la joven-. ¿No cree que... será mejor que me reconozca?

-Bueno -rezongó Breit entre dientes-. Después de apelar de esa forma a mi conciencia profesional, más bien creo que no tengo más remedio que reconocerla. Quítese la chaqueta y también la blusa si la lleva. Luego tiéndase en esa mesa.

Breit se acercó de nuevo a la ventana para otear el cielo entre los ocasionales claros de las nubes.

Una especie de sacudida eléctrica le conmovió al divisar de pronto una larga llama que, irradiando una viva luz, se colaba por un claro de las nubes y parecía descender lentamente hacia el aeródromo.

Era la cosmonave de Bevington.

Breit no supo qué sintió a la vista de la cosmonave que majestuosamente descendía hacia tierra, pero probablemente pensó con envidia que aquella máquina era la única que en tan trágicos momentos podía ofrecer a un hombre un pasaje hacia la salvación.

Aquella aeronave era como una moderna Arca de Noé interplanetaria, sólo que a diferencia de la bíblica embarcación de Noé, no eran los más dignos de merecerla los que en ella obtuvieron pasaje para la salvación. Por el contrario, eran los cobardes, los espíritus timoratos y acomodaticios, los que abjuraron de todas las creencias y desertaron de todas las religiones los que a la postre iban a sobrevivir.

Muy pocos, al ser enunciadas por Bevington las bases de su nueva religión, siguieron al profeta a la lejanía del espacio donde el patriarca les ofrecía una vida austera, casi de privaciones, en lucha con un ambiente hostil.

La existencia de los seguidores de Bevington en Ganímedes era comparable a la de los pioneros que colonizaron el salvaje Oeste americano. Selvas intrincadas de una exuberancia como no se conocía en la Tierra, alimañas venenosas y fieras de una corpulencia desmedida, insectos de extraordinario tamaño e implacable voracidad, una cabaña de troncos y una parcela de tierra singularmente fértil, esto era cuanto los fanáticos de Bevington encontraban al llegar a la nueva tierra de promisión.

La llamada de la aventura en unos, la desesperación en otros más bien que las conspicuas atracciones de la nueva religión, impulsaron a unos

cuantos a aceptar el viaje gratuito ofrecido por Bevington a sus prosélitos. Las llamadas del exaltado profeta parecían destinadas a perderse en el vacío de la indiferencia de la gente, cuando inesperadamente algo vino a ocurrir.

En efecto, cumpliéndose la profecía de Bevington, que clamaba contra un mundo pecador que pronto sería aniquilado por la cólera de Dios, una epidemia portadora de un germen extraño estallaba en Asia y se propagaba con aterradora rapidez al resto del planeta. La moderna ciencia médica se declaraba impotente en su lucha contra aquel virus destructor; la gente moría a montones y se creaba un clima de terror que despoblaba las grandes urbes e impulsaba a los hombres a cometer los mayores disparates.

Uno de estos disparates fue sin duda estimular la creencia de que era posible huir a la cólera buscando la salvación lejos de la infestada Tierra, en el satélite de Júpiter llamado Ganímedes, al cual Bevington había rebautizado con el nombre de «Redención».

Entonces sí encontró el profeta gentes dispuestas a escucharle y seguirle.

De todas partes acudieron a las agencias de «reclutamiento» de Bevington multitudes, aterrorizadas, prontas a abjurar de sus antiguas creencias, a tomar como artículo de fe los disparates de Bevington y a seguirle a su nueva «tierra de promisión».

De esta pasta de cobardes estaba integrada la colonia que en Ganímedes esperaba sobrevivir al aniquilamiento de la humanidad terrícola.

CAPÍTULO II

Hallándose la cosmonave a tres mil metros de altura verticalmente sobre el aeródromo, las nubes se corrieron cerrando los escasos claros y de nuevo empezó a llover.

La cosmonave quedó oculta por las nubes, pero muy pronto a través de éstas se vio el mortecino brillo de una llama que por momentos cobraba mayor intensidad.

De pie ante los pabellones de la administración del campo, arrebujados en sus impermeables, Breit, Glodden y el capitán Trayne permanecían inmóviles bajo la lluvia que bañaba sus rostros alzados hacia el cielo. Cerca de ellos, una camioneta de tipo militar esperaba con el motor en marcha, el conductor ante el volante.

Bajo el ancho y atrevido alero de hormigón del pabellón donde estaba la sala de espera, los prosélitos de Bevington aguardaban formando un apretado grupo teniendo a sus pies las maletas.

Todos miraban a lo alto.

La cosmonave, precedida de su largo penacho de llamas, atravesó el techo de plúmbeas nubes y descendió verticalmente a través de la cortina sobre el centro del aeródromo, donde las pistas, al cruzarse, formaban una plazoleta circular de extensión mayor que la de un estadio.

La cosmonave se encontraba a 500 metros de altura y dos kilómetros de distancia cuando se mostró a los ojos de los observadores terrestres, pero incluso a esta distancia, sin puntos de referencia inmediatos y vista a través del aguacero, se apreciaban sus gigantescas proporciones.

El fuerte brisote procedente del mar trajo hasta Breit y sus compañeros el ensordecedor rugido de los motores de la aeronave cuando, a toda potencia, éstos contrarrestaban la gravedad de la Tierra que tiraba de la pesada máquina hacia abajo.

Hubo unos minutos de tensión mientras el cohete, envuelto en las nubes de gases y vapor de agua que brotaban del recalentado piso, se bamboleaba antes que los largos espigones de su base entraran en contacto con la pista de aterrizaje. Entonces todos soltaron un suspiro de alivio. Cesó el estruendo de los motores al apagarse la llama en las toberas del aparato.

Glodden dijo muy animado:

-Vamos allá.

Al dirigirse los tres hombres a la camioneta que esperaba, hubo cierto movimiento de impaciencia entre el grupo de los prosélitos de Bevington.

La camioneta se puso en marcha y adquirió velocidad rodando sobre la pista bajo la lluvia hacia el centro del aeródromo donde la cosmonave había quedado inmóvil. Sólo al acercarse a ella cobraron Breit y sus acompañantes conciencia de las verdaderas proporciones de la máquina.

Tan alta como un rascacielos mediano, cilíndrica, mastodóntica, la cosmonave de Bevington seguía siendo la mayor construida hasta entonces. Aunque estaba construida de metales livianos y era más ligera que lo que aparentaba, un hombre situado de pie junto a ella recibía la impresión de hallarse ante algo tan sólido, tan macizo y pesado como un auténtico rascacielos de hormigón y acero.

El hecho de levantarse solitaria en el centro de la planicie uniforme formada por el aeródromo, hacía aún más imponente aquella mole de metal con reflejos de aluminio.

El conductor, tal vez impresionado por las gigantescas proporciones del cohete, detuvo la camioneta cuando todavía se encontraba a 50 metros de la base de la máquina. De las planchas de acero de la pista, calentadas al rojo blanco por la llama de aquel soplete mastodóntico, brotaban vaharadas de vapor que iban a envolver fantásticamente la soberbia nave del espacio.

-Dicen que Bevington se arruinó al construir esta máquina por cuenta propia -comentó el coronel Glodden al seguir a Breit a tierra.

-Sí -dijo Trayne saltando del auto. Levantó los ojos echando la cabeza violentamente atrás para mirar a lo alto-. Y luego volvió a enriquecerse trasportando oro, platino y uranio de sus minas de Ganímedes.

Los tres hombres permanecieron unos minutos junto a la camioneta admirando impresionados la majestuosa aeronave cuya proa cónica parecía arañar las nubes cargadas de lluvia.

-Alguien baja -señaló el capitán Trayne.

El juego de cuatro sólidos soportes sobre los que se apoyaba la astronave estaba formado por una trabazón de vigas de acero, que daba a éstos la apariencia de unas grandes aletas estabilizadoras que no hubiesen sido recubiertas por las correspondientes planchas de aluminio. Por el interior de estos espigones, una serie de travesaños formaba una escalera metálica que era utilizada para facilitar el acceso al interior.

Una escotilla acababa de abrirse allí donde los soportes se soldaban al casco de la aeronave. Un hombre se precipitó por esta escotilla y empezó a bajar apresuradamente los escalones.

Glodden echó a andar bajo la lluvia en dirección al soporte por el cual descendía el cosmonauta.

Apenas se encontraba el cosmonauta a mitad de la escalera, y no habían andado Breit y sus amigos una veintena de pasos, cuando un segundo tripulante de la nave salió disparado por la escotilla lanzando un grito.

-¿Qué les ocurre a ésos? -gruñó Glodden-. ¿Hay fuego a bordo que salen con tanta prisa?

Brilló un fogonazo a través de la lluvia. Se escuchó un disparo.

El hombre que bajaba por la escalera se tambaleó. Estuvo a punto de caer, se asió al pasamanos y se detuvo. Luego siguió descendiendo.

El cosmonauta que estaba arriba junto a la escotilla disparó de nuevo.

Glodden se detuvo en seco, y tras él se detuvieron Trayne y Breit. Desde arriba, el hombre que estaba en la escotilla efectuó dos nuevos disparos.

-¡A mí! -gritó el sujeto que estaba en la escalera-. ¡Me quieren matar!

-¡Diablo! -exclamó Glodden-. Trayne, corra y trate de proteger a ese hombre.

Trayne echó a correr hurgando bajo su impermeable en busca de su pistola. Después de unos instantes de indecisión, Breit siguió al capitán chapoteando en el agua que encharcaba la pista de acero.

El hombre de la pistola se había lanzado escaleras abajo en persecución del fugitivo. Otro individuo asomó por la escotilla. Mientras Trayne y Breit salvaban la distancia que los separaba del cohete, el fugitivo llegó al final de la escalera y saltó a tierra.

El persecutor se encontraba a mitad de la escalera. Disparó de nuevo.

El salto del fugitivo no había sido muy afortunado. Cayó de rodillas. Luego se levantó y corrió al encuentro de Trayne y Breit agitando los brazos desesperadamente. Volvió a caer ante el capitán y alzando los brazos mostró algo que llevaba en una mano.

La lluvia arreciaba en estos momentos y el agua chorreaba desde los cabellos empapados al rostro crispado del sujeto.

-Me envía el profesor Weckerman -jadeó el hombre mostrando algo que parecía un tubo de cristal-. Es un cultivo vivo... de esas bacterias... de esas bacterias que producen la peste.

Sonó un disparo. El balazo alcanzó al hombre en la espalda y le hizo saltar hasta casi ponerse en pie. Levantó los brazos y cayó pesadamente de espaldas chapoteando en el torrente de la lluvia que el declive estudiado de la pista encauzaba hacia la alcantarilla del sistema de drenaje del aeródromo.

La repentina y brutal forma de morir del desconocido dejó momentáneamente desconcertados tanto a Breit como al capitán Trayne.

Repentinamente, al levantar los ojos, los dos se encontraron ante la pistola del cosmonauta que había alcanzado el final de la escalera. El arma se levantó apuntándoles a ellos.

-¡Cuidado, doctor! -gritó Trayne saltando a un lado.

El hombre disparó y el balazo debió alcanzar a Trayne, el cual dio un traspié y cayó de bruces sobre la anegada pista.

Breit no se había movido. Miró atónito a Trayne que caía y al hombre que había disparado. La pistola se volvió contra él. Brilló el fogonazo. La bala pasó silbando junto al oído de Breit, el cual innecesariamente saltó a un lado.

A sus espaldas, Breit escuchó el rumor de un motor de automóvil y la

voz crispada del coronel que gritaba:

-¡Pronto, detengan a ese loco!

El hombre de la pistola miró por encima de Breit. De pronto dio media vuelta y empezó a subir velozmente la escalera.

Un ramalazo de cólera sacudió a Breit como una descarga eléctrica. Corrió hacia Trayne, se inclinó y lo asió de un hombro obligándole a dar la vuelta.

Trayne tenía los ojos abiertos y un macabro agujero de bala en la sien. En la mano empuñaba todavía la pistola que no llegó a disparar. Breit le arrebató el arma, la empuñó resueltamente y corrió hacia el soporte metálico de la cosmonave por donde el fugitivo trepaba buscando la salvación en la escotilla que seguía abierta a varios metros de altura.

Breit extendió el brazo, apuntó y disparó.

Fue más bien un tiro de suerte.

El hombre se detuvo doblándose hacia atrás, levantó los brazos y azotó con ellos el aire como buscando un punto de donde asirse. Cayó de espaldas y rodó por la escalerilla varios escalones, se escurrió por debajo del pasamanos y se precipitó al vacío desde una altura todavía considerable.

Un sargento llegó al frente de un pelotón de soldados.

-Permítame, doctor -dijo el sargento apartando con rudeza a Stefan. Y se lanzó escaleras arriba empuñando una metralleta seguido de un tropel de soldados armados.

Glodden estaba ahora junto a Breit. Seguía lloviendo torrencialmente. Los dos hombres cruzaron una mirada. Stefan exclamó de pronto:

-¡El cultivo!

Corrió hacia el hombre que estaba tendido de espaldas, se inclinó sobre él.

La mano en la cual el hombre tenía el tubo de cristal estaba abierta, pero el frasco había desaparecido. Breit miró en rededor. Una repentina ansiedad se apoderó de él, pues de pronto comprendió toda la importancia del envío del profesor Weckerman, si realmente se trataba de un cultivo de gérmenes del cólera.

Después de haber registrado con la mirada las proximidades del cadáver, los ojos de Breit se detuvieron en el hilo sanguinolento que iba a mezclarse con la corriente torrencial en dirección a la alcantarilla. Entonces vio un objeto de cristal que, impulsado por el pequeño torrente, rodaba y a medias flotaba hacia la boca del desagüe, del cual estaba muy cerca.

-¡Oh, maldición! -exclamó Stefan echando a correr en persecución del fugitivo frasco de cristal.

El agua de lluvia recogida en la intersección de las pistas se reunía en torno a la boca de la alcantarilla adquiriendo mucha fuerza al penetrar en el

desagüe. Breit comprendió que en la carrera de competición entre él y aquel maldito frasco, este último llevaba las de ganar.

Hizo un esfuerzo por alcanzarlo... se tiró al suelo alargando las manos...

El agua fría de la lluvia le entró por las mangas del impermeable y le caló de pies a cabeza, mas el baño a la postre resultó inútil.

¡El frasco había desaparecido tragado en el hervidero de la alcantarilla!

Breit se puso en pie lanzando una maldición.

El coronel Glodden llegó junto a él.

-Breit, ¿se ha vuelto loco? ¿Qué le ocurre?

-¿No lo vio usted?

-¡No! ¿El qué?

-Ese frasco conteniendo un cultivo vivo del virus que produce la peste negra. Weckerman nos lo enviaba desde Ganímedes. ¡Dios mío, tenemos que rescatarlo como sea!

Detrás de la lluvia que chorreaba de la visera de su gorra, el magro rostro del coronel Glodden palideció.

-Breit, ¿quiere decir... que ese virus era muy importante?

-¡Lo más importante del mundo en estos instantes! -clamó Breit desesperado-. Weckerman consiguió lo que todos los investigadores de la Tierra no han podido hacer todavía: ¡aislar el germen del cólera! Si tuviéramos ese maldito virus en un tubo de ensayo, entonces probablemente encontraríamos la forma de eliminarlo en el organismo humano. ¡Glodden! ¿Dónde va a desaguar esta alcantarilla?

-¿Y cómo demonios quiere que lo sepa?

-¡Rápido, volvamos a las oficinas! Debe haber en alguna parte un plano del aeropuerto donde figure esta alcantarilla. ¡Hemos de recobrar ese frasco a cualquier precio!

Los dos hombres corrieron bajo la lluvia hacia la camioneta.

-¡A la oficina de los ingenieros civiles! -gritó Glodden al conductor entrando en la cabina-. ¡Aprisa!

Mientras la camioneta daba la vuelta y luego corría locamente por la pista, Glodden refunfuñó sacudiendo furiosamente el agua que empapaba su gorra:

-¿Y cómo demonios, sabiendo que era tan importante, dejó escapar ese maldito tubo de cristal?

-¿Pues qué esperaba usted que hiciese? -rezongó Breit, temiendo con razón que la culpa por la pérdida de tan valioso envío recayese ahora exclusivamente sobre él-. Aquel tipo había matado al cosmonauta y al capitán Trayne. Creo que reaccioné como habría hecho usted mismo u otro cualquiera en mi lugar.

-Breit, no había cosa más importante en aquel momento que recoger el tubo y ponerlo en lugar seguro. La salvación del mundo puede depender de

que logremos rescatar ese cultivo. Y usted, como médico, debió comprenderlo enseguida. ¡Lo tuvo a sus pies y lo dejó escapar!

Breit guardó silencio. La verdad era que no había reaccionado con la rapidez requerida por la importancia del caso. Tuvo que transcurrir un minuto mientras cogía la pistola de Trayne y disparaba contra el asesino del capitán, antes de que él asimilara en su torpe cerebro el valor del presente que les hacía el doctor Weckerman desde Ganímedes.

¡Claro que de todos modos no habría imaginado jamás que el maldito tubo se fuera a escapar por el agujero de aquel desagüe! Mas por muchas disculpas que se le ocurrieran, el hecho en sí era que él pudo coger el frasco enseguida, y lo dejó marchar.

En silencio, Stefan mascó su rabia contra sí mismo mientras el coronel maldecía de la lentitud de la marcha del vehículo.

La realidad era que la camioneta rodaba a más de cien kilómetros por hora sobre la anegada pista, no invirtiendo apenas dos minutos en salvar la distancia que los separaba desde el centro del campo al pabellón de las oficinas de la administración.

Un solo ingeniero estaba al frente de la oficina, después de las bajas habidas en aquella sección por causa de la peste. Otros ingenieros, ayudantes, delineantes y oficinistas habían desertado de sus puestos, como había ocurrido con la mayor parte del personal del campo, incluso entre los soldados allí destacados para hacer observar la rígida cuarentena decretada por las autoridades sanitarias.

Apenas el ingeniero supo lo que deseaba Glodden, corrió hacia el cuarto del archivo en busca de los planos correspondientes al sistema de drenaje del aeródromo.

Mientras tanto, Glodden empuñaba el teléfono y ordenaba al teniente Booth que preparara toda la tropa disponible con redes, pértigas y vehículos para salir antes de cinco minutos.

Regresó el ingeniero con un largo rollo de papel que extendió sobre una mesa de dibujo sujetando las esquinas con reglas y pisapapeles. Glodden y Breit se inclinaron con ansiedad sobre el plano, siguiendo el recorrido del índice del ingeniero por una serie de desagües y colectores cuyo término era el mar.

-El colector general desemboca en el mar por este punto -señaló el ingeniero.

-Eso es todo cuanto quería saber -dijo Glodden entre dientes. Y rasgó el papel quedándose con el pedazo correspondiente a la desembocadura del desagüe en el mar.

Cinco minutos más tarde, Breit veía desde la marquesina del pabellón central cómo los soldados se apretujaban en media docena de grandes trineos aéreos que inmediatamente se elevaron a tres o cuatro metros de

altura y partieron velozmente en dirección al mar.

Todavía estaban los trineos a la vista, cuando se vio venir el camión en el cual los soldados se habían trasladado hasta el pie de la cosmonave que continuaba en el centro del campo semejando una enorme torre medio borrosa tras la cortina de la lluvia.

El vehículo se detuvo a corta distancia de donde estaba Breit. El sargento Lawler saltó a tierra y esperó a que los soldados hicieran bajar a un par de hombres bastante asustados, los cuales vestían el equipo propio de los astronautas, a excepción de las escafandras. El sargento se dirigió a Breit.

-¿Pues dónde ha ido el coronel? -preguntó mirando hacia los trineos que se esfumaban en el borrón de la lluvia.

-El coronel lleva una misión muy importante -contestó Breit y señaló a los cosmonautas-. ¿No había más tripulantes a bordo que estos dos?

-Sólo estos dos. También hemos traído al capitán Trayne y a los otros dos individuos que encontramos muertos. ¡Pobre capitán! Espero que, en compensación, veremos ahorcar a estos dos pájaros por su complicidad en el asesinato de Trayne.

-¡Nosotros no tuvimos nada que ver en el asunto! -protestó uno de los asustados cosmonautas-. ¡Todavía estamos por saber a qué se debió que Henderson echara a correr como un loco y Belmond le persiguiera a tiros hasta matarle!

-Sí, claro... Eso es lo que dicen ustedes. Ya veremos si pese a todo consiguen salvar el cuello. ¡Andando, al calabozo! Doctor, le dejo en el camión los cadáveres para que usted disponga de ellos.

El sargento se alejó seguido de los cosmonautas a los que rodeaban los soldados con las aceradas bayonetas armadas al extremo de sus fusiles automáticos.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué han detenido a los pilotos de la aeronave? -Era la señorita Weckerman la que de improviso había surgido junto a Breit.

Stefan se volvió a mirar atrás. En la puerta del pabellón estaban formando apretado grupo los atribulados prosélitos de Bevington, sin duda temiendo que el más pequeño percance impidiese partir a la cosmonave que debía llevarles a la salvación.

-¡Ah! ¿Está usted aquí? -dijo Breit mirando a la muchacha. La asió por un brazo y tiró de ella llevándola consigo en dirección al lazareto-. Venga conmigo. Tenemos que hablar.

-¿Pero qué ha ocurrido? -balbuceó la joven mientras se dejaba conducir por Breit bajo la lluvia.

Breit no contestó. La situación era todavía muy confusa, pero él presentía que el incidente traería mucha cola. Seguramente convenía no dar

demasiada publicidad a lo ocurrido hasta en tanto no se esclareciesen algunos puntos que permanecían oscuros.

Glodden regresó en su trineo aéreo una hora después de oscurecido. Desde su habitación, en un extremo del ala del lazareto, Breit escuchó el rugido del motor y miró al exterior apartando los visillos. Vio a Glodden saltando del trineo, cruzando el patio todavía húmedo y entrar en el pabellón principal.

Poco después Stefan llamaba con los nudillos en los cristales de la oficina que provisionalmente utilizaba Glodden como despacho. Glodden hablaba por teléfono cuando Breit entró en la habitación. El viejo soldado le hizo una seña para que no le interrumpiera, indicándole uno de los confortables sillones tapizados de cuero color marrón.

-Lo siento, no pudimos encontrarlo -estaba diciendo Glodden-. El desagüe debió lanzarlo al mar mucho antes que nosotros llegáramos, estaba lloviendo mucho en aquellos momentos y salía por el colector una manga de agua muy impetuosa. El tubo pudo ser arrastrado mar adentro, si es que no se estrelló contra las rocas. Había un oleaje muy fuerte. He dejado algunos hombres allí prosiguiendo la búsqueda con linternas, aunque parece ser que hay pocas esperanzas de dar con el maldito... ¡perdón...! Quiero decir que es tan difícil dar con ese tubo de cultivo como encontrar una aguja en un pajar.

Glodden escuchó atentamente con el auricular pegado al oído.

-Sin duda sería conveniente -intercaló. Siguió escuchando-. Sí, es una buena idea, sólo que con la noche y este mal... quiero decir, este temporal... Lo probaremos -asintió enérgicamente con la cabeza-. Sí, lo vamos a probar. Usted informará... Sí, de acuerdo. Está bien. A sus órdenes, mi general.

Colgó el teléfono con fuerte golpe. Miró rabioso a Breit, como haciendo a éste responsable de sus fatigas y contrariedades.

-He tenido que informar de lo ocurrido a Washington para recabar la ayuda del Servicio de Guardacostas. Tal vez queden todavía algunas probabilidades de dar con ese condenado tubo, aunque pocas. Y es que nadie es capaz de acumular tantas circunstancias en contra como el diablo, cuando éste se empeña en que las cosas vayan mal. La lluvia, usted, el desagüe, la marejada, la oscuridad...

Glodden hizo un ademán exasperado. Se pasó la mano por la frente.

-Y encima esta maldita fiebre.

-No debería usted estar aquí -le recordó Breit.

-¡Al diablo! ¿Qué importa lo mío ahora? La salud y la vida de medio mundo pueden depender de que encontremos ese tubo de cristal. A propósito, ¿cómo se llamaba el hombre que nos lo envió?

-¿Se refiere a Weckerman?

-Bueno, a Weckerman o como se llame. Si en verdad quería hacernos un favor, pudo hacer algo mejor que enviarnos un tubito de cristal lleno de mortíferos bichitos. ¿Por qué no vino él personalmente a hablarnos de su descubrimiento? ¿Por qué no envió siquiera un estudio, un memorando ni siquiera una carta aclaratoria acompañando a la muestra de esos malditos gérmenes? ¿No cree que esto debiera haber sido lo normal y correcto?

-He estado pensando en ello, coronel. Incluso me permití registrar los bolsillos del emisario y su equipaje a bordo de la cosmonave, pero no encontré nada. Ahora creo que sé la razón.

-¿Sí?

-Conocía al profesor Weckerman, y me consta que él no pudo ser tan descuidado. Si no añadió ninguna nota aclaratoria al mensaje verbal del emisario fue por una sola razón. No le permitieron hacerlo.

-¿No le permitieron hacerlo, eh? ¿Qué quiere significar exactamente con eso?

-Hay algo singular en esta peste que nos asesina, y es que jamás hasta ahora había aparecido entre nosotros. Usted habrá oído algunas de las cosas que se dijeron al principio; que si era producida por el escape o rotura de alguno de los depósitos secretos de virus preparados para la guerra bacteriológica y que se perdieron en la última contienda... o si era consecuencia del aumento de radiactividad causado por las bombas atómicas de la última guerra... o bien se trataba de una enfermedad extraña a nuestro planeta y traída acá por las dichosas cosmonaves que iban a explorar Venus, Marte y los restantes planetas de nuestro reino solar. Cualquiera de esas causas pudo traer la peste a nuestro planeta, y en realidad, dos de ellas pudieron conjugarse para producir el cólera.

-Siga. Le escucho con mucho interés -dijo Glodden viendo que el médico se interrumpía.

-En fin, esto parece fantástico pero... ¿nos hemos detenido a considerar la posibilidad de que la peste que nos azota haya sido provocada intencionadamente?

-¿Intencionadamente, Breit? -exclamó Glodden haciendo una mueca de repugnancia-. ¿Por quién?

-Por alguien que, naturalmente, está lejos a salvo de la epidemia por él provocada.

-¿En quién está pensando?

-En Bevington. En Henry F. Bevington. Sabemos que está loco. Le hemos oído anatemizar durante años, profetizando el aniquilamiento del hombre de la Tierra por su corrupción y sus muchos pecados. En efecto, el terrícola nunca ha estado tan cerca de su aniquilamiento como ahora. Bevington acertó en su profecía, pero yo no creo en los profetas que en Ganímedes se crean un imperio para ellos solos y reinan y gobiernan bajo

el signo de la más odiosa tiranía.

El magro rostro de Glodden mostraba preocupación.

-Breit, ésa es una acusación muy grave, sobre todo para hacerla con absoluta falta de pruebas.

-En efecto, carecemos de pruebas. Sin embargo, ya tenemos una pista sobre la que apoyar una sospecha. El profesor Weckerman nos envió un cultivo de las bacterias productoras de la peste negra. ¿Pero dónde está el profesor Weckerman, sino en Ganímedes? ¿Y por qué esas bacterias fueron finalmente encontradas y aisladas en un lugar tan remoto como Ganímedes? ¡Pues sencillamente, porque es en Ganímedes donde esas bacterias viven en el cuerpo de algún animal o alguna planta propicios a su desarrollo!

Glodden quedó mirando a Breit con el ceño fruncido.

-Maldición, Breit, si eso fuera posible... Sí, por supuesto que Bevington está loco. Loco de atar y... ¡Oh, maldita sea!

Glodden alargó la mano y tomó bruscamente el teléfono.

CAPÍTULO III

Mister Keystone llegó en avión a las cuatro de la madrugada procedente de Baltimore.

Al amanecer, bajo un intenso aguacero, tomó tierra el avión de chorro en que viajaban mister Adam Chapman, secretario de estado, y mister Frank Bertram, jefe del FBI, recientemente nombrado en sustitución de los dos últimos jefes de este organismo federal fallecidos a consecuencia del cólera.

Los tres personajes, con su acompañamiento de secretarios y taquimecas, no muy numeroso por cierto, se reunieron alrededor de la mesa del desayuno en compañía del coronel Glodden y el contralmirante Stark que mandaba el Cuerpo de Guardacostas de la Marina de los Estados Unidos.

Stefan Breit fue llamado a última hora.

Al entrar Breit, el contralmirante enumeraba al secretario de estado los infructuosos esfuerzos realizados por los barcos y marinería del servicio de guardacostas en busca del tubo de cristal que contenía bacterias productoras de la «peste negra».

Stark, que había llegado una hora antes en helicóptero, había pasado la noche en el mar y dejaba ver en su curtido rostro las huellas del sueño y el cansancio general que le invadían. Bertram y Chapman, arrancados probablemente de la cama para volar hasta Long Island a través de la noche y la tempestad, tampoco ofrecían muy buen aspecto.

Únicamente el ministro de Salud Pública parecía más descansado, aunque por la agobiadora responsabilidad que pesaba sobre sus hombros debería ser al contrario.

El coronel Glodden presentó brevemente a Breit, el cual, abochornado, se sometió al castigo de la severa mirada de los presentes.

-Cuéntenos lo ocurrido, doctor Breit, sin omitir detalle -invitó el jefe del FBI.

Cuando Breit hubo dado fin a su breve relato, Bertram preguntó:

-Dígame, doctor. Aquel tubo, ¿flotaba al ser arrastrado por el agua de la lluvia hacia la alcantarilla?

-Sí, flotaba tan bien que ésa fue la causa principal de que no pudiera alcanzarlo. Estuve a punto de tocarlo con los dedos, pero se me escapó.

-Dada la naturaleza peligrosa del contenido de aquel tubo, es de suponer que estuviera herméticamente cerrado, ¿no es cierto?

-Sin duda lo estaba.

-Acaso también el vidrio de que estaba hecho el tubo fuera bastante resistente para soportar sin romperse un golpe contra el suelo. ¿De qué cristal suelen hacerse esos tubos de cultivo, doctor?

-Generalmente de cristal irrompible.

-Magnífico -dijo Bertram volviéndose hacia el contralmirante Stark-. El tubo era de cristal irrompible y estaba herméticamente cerrado. Eso al menos le asegura una buena flotabilidad por tiempo indefinido. ¿No cree que haya buenas probabilidades de rescatarlo en el mar, almirante?

-No lo sé. El temporal puede haberlo llevado lejos, y un tubo de ese tamaño que flota en el agua resulta muy difícil de ver, incluso pasando junto a él. El coronel Glodden arrojó algunas botellas vacías por el desagüe por indicación mía, y ahora estamos arrojando por el mismo conducto tubos de cristal herméticamente cerrados conteniendo una materia fluorescente y radiactiva a los cuales podemos seguir el rastro. Tal vez esos tubos nos lleven hasta el que buscamos. No lo sé. Ningún elemento es tan caprichoso como las corrientes del mar.

-En fin, ¿cuántas probabilidades tenemos de dar con ese tubo?

Stark se quedó reflexionando mientras mister Adam Chapman hacía un gesto y decía:

-Ese número de probabilidades, cualquiera que sea, sólo tiene la importancia que le confiere nuestra urgencia. Como es natural, no vamos a confiar la salvación del mundo a los caprichos del mar. Sabemos que hay al menos un hombre que ha conseguido aislar el virus de la peste y probablemente ha estudiado la evolución de esa enfermedad. Tenemos que ir en busca de ese hombre y traerlo aquí inmediatamente.

-Se necesitan no menos de tres meses para volar desde la Tierra a Júpiter, y otros tantos para el viaje de regreso -dijo Keystone-. La cosmonave que vaya allá en busca del profesor Weckerman, puede encontrarse a su regreso con la sorpresa de que ya no quedan seres vivos en este planeta a quienes salvar.

-Permítame contradecirle, señor -dijo aquí Breit mediando en la discusión, aunque nadie le había pedido su parecer-. La humanidad no será exterminada en sólo seis meses. Contrariamente a lo que parecía lógico, una epidemia no causa su mayor número de víctimas cuanto más tiempo lleva desarrollándose, sino muy cerca de sus comienzos, en el momento que se ha extendido por todo el mundo y diezma las grandes urbes y las regiones más densamente pobladas del globo. Parecería a simple vista que, a menos número de seres humanos, un número mayor de gérmenes en busca de víctimas se cebaría con más rapidez en los pocos hombres que hasta entonces se hubieran salvado del contagio, pero no es así. Cuando en las grandes ciudades no quede un solo superviviente, cuando las regiones más densamente pobladas de América, Europa y Asia hayan sido devastadas por la peste, todavía quedarán regiones poco pobladas, generalmente las más aisladas, donde la peste avanzará muy poco a poco o todavía no se habrá presentado. La Humanidad no desaparecerá pues en

seis meses, y cualquier cosa que se haga para traer un remedio, aunque sólo sea una vacuna, merece la pena hacerse en nombre de los que sobrevivan de aquí a entonces.

Mister Keystone guardó silencio. Mister Adam Chapman asintió gravemente con la cabeza y dijo:

-Está pues decidido que vamos a enviar una expedición a Ganímedes con la misión de buscar al profesor Weckerman.

-¿Disponemos de alguna aeronave en este momento? -inquirió el Ministro.

-Disponemos de la aeronave de Bevington -repuso Glodden.

-A propósito de esa aeronave, ¿qué hicieron ustedes con la tripulación? -preguntó mister Bertram.

-Les tenemos encerrados bajo llave e incomunicados.

-¿Les han interrogado?

-Sí, aunque sin resultado. Los dos cosmonautas niegan saber, ni siquiera comprender lo que ocurrió entre sus dos compañeros. Claro que podemos interrogarles hasta que suelten la verdad...

-No, no lo considero oportuno -negó el jefe del FBI inclinándose sobre la mesa-. No olvidemos el aspecto siniestro que se esconde en el fondo de la cuestión. Si Bevington es el verdadero causante de esta catástrofe, debemos evitar a toda costa que se dé cuenta que sospechamos.

-¿Por qué andar con tantos rodeos? -protestó el Ministro-. Bevington sólo tiene con él cuatro millares escasos de sus prosélitos. ¿Por qué no incautarnos de su cosmonave, llenarla de soldados y enviarlos a Ganímedes para que detengan a Bevington y traigan a Weckerman?

-Eso es justamente lo que no podemos hacer, señor Keystone -dijo el secretario de estado gravemente-. Aunque Ganímedes es sólo un satélite de Júpiter algo mayor que nuestra Luna y está habitado por sólo cuatro mil almas, ese pequeño estado particular de Bevington disfruta en este momento de las prerrogativas de una gran potencia universal. Una potencia que, aun siendo insignificante por su tamaño, es fuerte por la distancia que la separa de nosotros y la carencia actual de medios para transportar hasta allí un ejército de invasión. Todas las cosmonaves de la Tierra, reunidas para una acción bélica conjunta, sólo alcanzarían a transportar medio millar de soldados con su voluminoso equipo, los cuales se encontrarían al desembarcar en inferioridad frente a las numerosas y bien armadas fuerzas policíacas de Bevington. Sin paramos a hacer conjeturas sobre el incierto final de esa campaña, la consecuencia inmediata sería poner sobre aviso a Bevington, lo cual retrasaría sin duda el momento de dar con el profesor Weckerman... si es que nuestros hombres consiguen dar con él. En suma, tal como yo veo el asunto, considero lo primero y más importante traer a Weckerman, dejando para más tarde la aplicación del castigo que

Bevington pueda merecer si finalmente resultara probada su culpabilidad en este asesinato masivo por medio de bacterias.

-Con toda seguridad, un pequeño grupo de hombres escogidos contará con más probabilidades de dar con Weckerman que si enviamos a Ganímedes un pequeño ejército alborotador cargado de ametralladoras y bombas atómicas de bolsillo -dijo Bertram-. Creo que podré encontrar los hombres adecuados.

-¿Agentes del FBI? -preguntó el ministro.

-Sí.

-Y un científico por lo menos especializado en bacteriología -señaló el secretario de estado-. Eso podría ser importante si, por cualquier circunstancia imprevista, el doctor Weckerman no pudiese acompañar a nuestros agentes y éstos tuviesen que tomar un mensaje verbal.

-Tampoco hay que olvidar la conveniencia de incluir en la expedición a alguien que haya conocido personalmente a Weckerman -apuntó el ministro de Salud Pública.

-Señores, si ustedes me permiten...

Todas las miradas se volvieron hacia Stefan Breit, que era quien había hablado en último lugar. Bertram preguntó irónicamente:

-¿También usted tiene alguna sugerencia que hacer, doctor Breit?

-Yo conozco al profesor Weckerman.

-¡Ah!

-Y también sé lo suficiente de bacteriología para entender y recordar cualquier explicación que sobre el virus del cólera pudiera darme el profesor. Fui alumno suyo por varios años mientras estudiaba Medicina.

Bertram hizo una mueca burlesca. Mister Chapman, por el contrario, mostró gran interés.

-¿Se ofrece usted voluntario para formar parte de esa expedición, doctor Breit?

-Sí, señor -afirmó Breit cobrando valor-. Aunque quise alcanzar aquella ampolla de virus antes que se la tragase el desagüe, mis esfuerzos resultaron inútiles por lo tardíos. Nunca podré apartar de mí este sentimiento de responsabilidad por su pérdida.

-¿Desea usted una oportunidad de enmendar lo que considera un imperdonable descuido, no es cierto? Sin embargo no se le puede achacar toda la culpa de lo ocurrido. Las dramáticas circunstancias que concurrieron... la rapidez con que se sucedieron los hechos... la lluvia... todas esas cosas le disculpan. Cualquiera de nosotros habría reaccionado igual o tal vez con mayor torpeza.

-Aun así, será insoportable para mí asistir a enfermos del cólera en adelante. Cada vez que me vea frente a uno de esos casos desesperados, no podré evitar pensar que esa persona, y todas las que a partir de ahora

fallezcan a consecuencias de la peste, pudieron tal vez haberse salvado a no haber sido por mi estupidez y mi torpeza. Esto es algo que sólo un médico puede comprender.

-Claro, Breit -dijo el ministro de Salud Pública deseando hacer alarde de comprensión-. Eso es algo que sólo los que tenemos por misión velar por la salud del público podemos comprender. Yo, por mi parte, apoyo incondicionalmente su candidatura a formar parte de esa expedición.

-Sin duda el doctor Breit merece nuestra confianza en gracia a su entusiasmo -dijo mister Chapman-. El señor Bertram se ocupará de anotar su nombre en la lista de los futuros expedicionarios. ¿No es así, señor Bertram?

El jefe del FBI soltó un gruñido de asentimiento.

Stefan Breit sintió la alegría regodearle el corazón. Iría a Ganímedes, encontraría al profesor Weckerman y regresaría con una esperanza de salvación para todo el género humano.

Una enorme prisa por emprender inmediatamente aquel viaje le acometió. En consecuencia consideró malgastado el tiempo que los hombres allí reunidos todavía perdieron discutiendo detalles de menor cuantía.

* * *

Hacia el mediodía, los autobuses que la tarde anterior habían trasladado a los viajeros hasta un hotel de Bay Shore, regresaron al aeródromo.

El tiempo continuaba inseguro, registrándose frecuentes chubascos a los que acompañaba un viento frío del Atlántico.

Para los prosélitos de Bevington, que tal vez habían estado temiendo la cancelación del vuelo como consecuencia del incidente ocurrido la tarde anterior, debió constituir motivo de alivio y alegría comprobar que la cosmonave estaba tomando combustible de los autocares rojos que la rodeaban.

A la una, cuando los camiones rojos empezaban a alejarse de la gigantesca cosmonave, los altavoces del aeródromo dejaron oír el aviso más emocionante para cualquier viajero de la Tierra:

«Señores viajeros para Ganímedes, Prepárense para ser trasladados a su aeronave. Su aparato despegará dentro de veinte minutos».

Este aviso llegó también en forma de llamada telefónica al despacho del coronel Glodden, donde mister Bertram acababa de sostener una larga conversación con la señorita Weckerman en presencia de Stefan Breit y del superintendente Homell del Servicio de Información Central.

-La cosmonave está lista para despegar dentro de veinte minutos -dijo Bertram a la muchacha después de atender al teléfono-. Es preferible que se reúna usted con sus compañeros de viaje ahora para no despertar más

sospechas. Espero que recordará todo cuanto le hemos dicho.

-No se me olvidará -prometió Alma Weckerman poniéndose en pie y alisando su estrecha falda.

-En ningún momento, téngalo bien presente, demostrará estar demasiado enterada de nada. En todo caso, ya se ocuparán los pilotos de Bevington de informar de lo ocurrido. Sin embargo, esos pilotos no pudieron escuchar lo que Henderson dijo al doctor al entregarle el cultivo de bacterias. Es posible que ni Belmond, el hombre que disparó contra Henderson y mató al capitán Trayne, supiera lo que Henderson se llevaba entre manos hasta que le vio sacar aquel tubo de cristal. Creemos que Henderson recibió del profesor Weckerman el cultivo de bacterias, lo ocultó en su equipaje y no dejó sospechar a sus compañeros que lo tenía escondido, ya que de lo contrario no le habrían permitido siquiera llegar a tierra con el frasco. Si ocurrió así, los pilotos sólo podrán decir a Bevington que vieron a Henderson salir corriendo con un tubo de cristal, que Belmond corrió en su persecución y lo mató, y que Belmond fue muerto a su vez por un disparo del doctor Breit. A la discreción y suspicacia de Bevington quedará decir qué era lo que contenía el frasco, y quién pudo dárselo a Henderson. Convendría que, antes que Bevington lo adivinara, hablara usted con su padre y le sacara del laboratorio. Cualquiera de los escondites que le hemos señalado será bueno si recurren a él con rapidez.

-Lo tendré presente -prometió Alma Weckerman.

Estrechó primero la mano de Bertram. Luego la del superintendente Homell y se volvió hacia Breit.

-Trasmita mis saludos al profesor -dijo Breit al estrecharle la mano-. Él no se acordará de mí, pero no importa.

-Así lo haré.

-Váyase ya, señorita Weckerman -dijo Homell mirando a través de la ventana-. Sus compañeros de viaje se dirigen a los autobuses.

-Adiós.

-Buen viaje -dijo Bertram saludando con un ademán.

Salió la joven y los tres hombres fueron a reunirse ante la ventana. Desde allí vieron a la señorita Weckerman dirigiéndose rápidamente a los autobuses.

Ni una sola vez miró la muchacha hacia la ventana del pabellón de la administración, aunque sabía que los hombres la estarían mirando.

Los autobuses se alejaron en dirección a la cosmonave que solitaria e imponente se erguía en el centro del aeródromo. Cinco minutos tardaron los autobuses en volver, y sin detenerse salieron del campo tomando el camino de la ciudad.

Siguieron quince minutos de espera, durante los cuales Breit y Bertram abandonaron el despacho para bajar a la pista y contemplar de lejos el

despegue de la aeronave.

De pronto, una llama envolvió la base del cohete, el cual casi desapareció en una nube de humo blanco. Un bramido formidable pasó sobre el campo haciendo temblar el piso, rompiendo algunos cristales de las ventanas de los pabellones.

La cosmonave empezó a elevarse de la forma lenta y majestuosa que solían hacerlo los cohetes, adquirió velocidad y siguió acelerando mientras retumbaba en el espacio el trueno ensordecedor de sus motores.

En el breve espacio de unos minutos se fue empequeñeciendo, subiendo sin cesar seguida de su largo penacho de llamas. Luego se perdió de vista, siendo todavía visible el resplandor de sus toberas hasta que las nubes se corrieron y también éste desapareció.

Al apagarse el estruendo de los motores de la cosmonave se hizo sobre el aeródromo un extraño silencio.

-Bueno, doctor -dijo Bertram-. Ahora, sin pérdida de tiempo, ha de volar hasta Carolina del Norte para tomar a su vez el cohete que le trasladará a Ganímedes. Le deseo mucha suerte.

-Gracias -dijo Breit.

Allá en un rincón del campo se dejó oír el aullido de unos motores de reacción al ponerse en marcha. Una camioneta rodó por la pista y se detuvo junto a Breit.

Breit subió a la camioneta. Diez minutos más tarde sentía deslizarse la pista bajo sus pies y al mirar por la ventanilla del avión veía a Bertram y al superintendente Homell de pie ante el pabellón de la administración del campo.

* * *

Treinta horas más tarde, en las postrimerías de una tarde húmeda y lluviosa, Stefan Breit se acomodaba con su traje de vacío y su escafandra de titanio y cristal en la cabina de un feo artefacto posado sobre la base Waterford de las Fuerzas Aéreas en Carolina del Norte.

Contrariamente al esbelto cohete en forma de proyectil de Bevington, la cosmonave de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas constaba de una serie de siete esferas de acero inoxidable que estaban unidas entre sí por una sólida armazón metálica. Las esferas estaban dispuestas en dos grupos de a tres, uno encima del otro y alrededor de un grueso tubo central de extremos redondeados. La última esfera estaba sobre las otras en el punto más alto del artefacto, y correspondía a la cabina de derrota y control.

Sólo la última esfera iba tripulada. Las otras seis eran simples depósitos de combustible para los motores-cohete que estaban en la base de aquella extraña pirámide, y el resto de la tripulación se acomodaba en el tubo central, el cual estaba dividido en tres pisos superpuestos que se

comunicaban entre sí por una escalerilla de hierro, y con la cabina de derrota por un angosto tubo cerrado en sus dos extremos por sendas escotillas del tipo utilizado en los submarinos.

Cuatro hombres, incluido Stefan Breit, estaban sentados en profundos sillones en una cabina de forma circular de cuatro metros de diámetro, donde había otros dos sillones vacíos. Los sillones, de conformación anatómica, estaban separados unos de otros arrimados contra el muro de acero, de modo que se correspondían como los lados de un hexágono. Al lado de cada sillón se veía un armario de altura apropiada para servir también de mesita.

En el centro, en el suelo, había una escotilla que en este momento aparecía herméticamente cerrada. Del techo colgaba una escalerilla, directamente debajo de otra escotilla también cerrada. Un pequeño altavoz, fijo en la pared, llevaba a la inversa la cuenta de los segundos que faltaban para el despegue del aparato.

No había emoción en la voz del piloto, en esta operación tantas veces realizada con seguro éxito desde que el primer cosmonauta de la Tierra fue disparado al espacio en una tosca y rudimentaria cápsula de tamaño inverosímilmente pequeño.

Simplemente se trataba de prevenir a los tripulantes para que terminaran de ajustar sus cinturones, acabaran de conectar sus tubos de oxígeno a sus máscaras y estuvieran preparados para el rudo empujón con que comenzaban todos los viajes interplanetarios.

La voz tranquila del comandante Ripley anunció por el tornavoz:

-Dos... uno... cero y partimos. ¡Buena suerte!

Se sintió una ruidosa vibración en todos los muebles e instrumentos adosados a los muros de acero. Amortiguado por el espesor del casco llegó hasta los cosmonautas el bramido de los motores-cohete al ser encendidos.

Breit había oído hablar tanto de la brusca sacudida del despegue que ésta más bien le pareció suave. De cualquier forma era perfectamente soportable.

El piso se movió y los cosmonautas sintieron que se hundían blandamente en sus sillones de espuma de caucho. El viaje había comenzado. La cosmonave estaba en el aire y seguía subiendo, acelerando lenta y constantemente, adentrándose en el espacio.

Al cabo de una hora, en la cual todos guardaron silencio y muchos quedaron amodorrados, la alegre voz del comandante Ripley anunció por el tornavoz:

-Señores pasajeros, ya pueden desatar sus cinturones. La tripulación les invita a echar una mirada por el aparato de televisión. Personalmente me encanta la vista que se disfruta desde aquí.

Unos minutos más tarde, Stefan Breit veía en la pantalla de televisión

una brillante esfera envuelta en algodonosas nubes que muy lentamente se iba empequeñeciendo a medida que quedaba atrás.

-Adiós, señora Tierra, hasta la vista -dijo la voz de Ripley.

«Hasta la vista», murmuró Breit emocionado para sus adentros.

El inspector Gibbs de la Oficina Federal de Investigación soltó una carcajada.

-¿Por qué tantas caras largas? -exclamó-. Cualquiera que sea el incierto final de nuestra expedición, hemos tenido la suerte de alejarnos de la Tierra, ese podrido agujero donde la gente se cae muerta por la calle atacada por la peste. Al menos en los seis meses que invertiremos en el viaje de ida y vuelta, estaremos a salvo de todo contagio. ¿No es así, doctor?

-Depende -repuso Breit proponiéndose duchar al optimista polizonte con agua fría.

-¿Depende de qué?

-De que cualquiera de nosotros no lleve en sí el germen de esa enfermedad, en cuyo caso, este vehículo liberador podría transformarse en un mortífero ataúd de acero.

Los tres hombres se miraron unos a otros con desconfianza y sobresalto. Eran ellos Steve Gibbs, inspector del FBI, James Muldrow, de la Agencia Central de Información y Bill Sheafer, comandante del servicio de Información de la Marina.

Aunque Bertram se había propuesto en un principio formar la expedición de agentes inspectores del FBI exclusivamente, esto no había sido posible en cuanto los demás organismos oficiales tuvieron noticias de lo que se cocía.

Las Fuerzas Aéreas estadounidenses habían prestado la astronave y la tripulación, la CIA envió a uno de sus más destacados agentes, y la Marina no quiso ser menos y reclamó la parte que pudiera corresponderle en la gloria o el fracaso de los hombres que iban a intentar salvar a la Humanidad buscando una panacea para aquella terrible peste que diezmaba al planeta.

CAPÍTULO IV

Júpiter, gigante cósmico, el mayor de todos los hermanos de la Tierra engendrados por el Sol. Su globo pesa tanto como 815 esferas terrestres, a pesar de que la densidad de la materia de que está hecho es tan ligera como el petróleo, cuatro veces menor que la roca y el agua que cubren la Tierra. Este coloso gira con furiosa velocidad sobre su propio eje. En menos de diez horas realiza su rotación. Sus días y sus noches tienen solamente cinco horas terrestres.

En cambio, el año de Júpiter dura doce años terrestres. Éste es el tiempo que invierte en completar una vuelta alrededor del Sol.

Entre las diez lunas de Júpiter hay cuatro cuerpos celestes de dimensiones bastante respetables, mayores que el satélite de la Tierra.

La primera de estas lunas, a la que los astrónomos llaman «Ío», dista de Júpiter aproximadamente lo mismo que la Luna de la Tierra. Este satélite se halla todavía en estado fluido incandescente.

En la luna de Júpiter que los terrestres llaman «Europa», la costra ha empezado a solidificarse dando lugar a flotantes islas de escoria que algún día serán continentes. La vida, al menos tal como se la representa el terrestre, no es todavía posible allí.

Las condiciones poco hospitalarias de Júpiter y sus satélites, cambian en lo que se refiere a la tercera y más grande de las lunas de aquel planeta. En este mundo, que fue bautizado con el nombre de «Ganímedes», la vida se desarrolla en todo su esplendor.

Aunque es «solamente» una luna, Ganímedes tiene un volumen superior al de Mercurio, el cual goza de la categoría de planeta. En la superficie de Ganímedes cabrían todos los continentes de la Tierra. Un millón de kilómetros lo separan de Júpiter, el cual brilla en el firmamento de Ganímedes semejando un gigantesco disco de fuego 200 veces más grande que el disco del Sol visto desde la Tierra.

El Sol, por el contrario, brilla a esta distancia tan sólo como una pequeña estrella.

Ganímedes da una vuelta completa alrededor de Júpiter en siete días. Mas como también es éste el tiempo que Ganímedes invierte en dar una vuelta sobre su eje, resulta que hay un hemisferio del satélite que mira constantemente hacia Júpiter, en tanto que el hemisferio opuesto jamás podrá ser visto por los habitantes de Júpiter... en el supuesto que llegue a tenerlos algún día.

Esto es lo mismo que ocurre a la Luna respecto a la Tierra.

Mientras el teniente coronel McLoud describía con tranquila voz las peculiaridades del satélite hacia el cual volaban, los pasajeros permanecían

echados en sus sillones, bien amarrados por sus cinturones de seguridad.

Frederic McLoud se interrumpió para ocuparse nuevamente de los mandos. Pasados unos minutos volvió a hablar por el tornavoz:

-Bueno, ése es el hemisferio de Ganímedes opuesto a Júpiter...

Desde su sillón de espuma, a través de la cabina, Stefan Breit podía ver el televisor que formaba parte de un mueble adosado al muro. En la pantalla, sobre el curvado arco del horizonte de Ganímedes, Júpiter mostraba un extremo de su gigantesca esfera luminosa. Abajo, la superficie del satélite brillaba con una luz mortecina y fría.

Aunque jamás había salido de la Tierra, Breit poseía suficiente cultura cósmica para saber que aquello era el campo de hielo que cubría todo el hemisferio del satélite opuesto a Júpiter.

En efecto, a la enorme distancia que Júpiter gravitaba alrededor del Sol, la luz y el calor que Ganímedes recibía de éste era insuficiente para hacer prosperar las plantas. En los campos de hielo de aquel hemisferio, sólo cierta clase de líquenes y algunos moluscos podían vivir con el débil calor del Sol.

Júpiter era el verdadero sol para Ganímedes, un sol tibio, que no quemaba y esparcía un plácido resplandor.

La cosmonave de las Fuerzas Aéreas utilizaba su último y débil impulso para deslizarse sobre los campos de hielo de Ganímedes y acercarse al hemisferio iluminado por Júpiter al mismo tiempo que descendía. El coronel McLoud, que había volado varias veces de la Tierra a Ganímedes, conocía bien la geografía del satélite y casi hubiera podido efectuar un aterrizaje en él con los ojos cerrados.

El viaje hasta aquí, confiado a manos tan expertas como las del coronel McLoud y su copiloto, el comandante Gunther, se había realizado sin el menor contratiempo.

En la pantalla de televisión iba cambiando el paisaje. A la uniforme llanura de hielo sucedían estepas de un verde oscuro y profundo, mostrando extensas manchas de nieve. Luego, la nieve y el hielo fueron haciéndose más escasos hasta desaparecer completamente. Algunos matojos de hierba rala salpicaban los pedregales.

-Estamos sobre la zona de transición -advirtió McLoud por el sistema de comunicaciones interior-. Pronto veremos asomar la selva, aunque no nos acercaremos a ella de momento. Bueno, ahí está la mina «Radium» de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos. Vamos a descender.

Ganímedes, cuya propiedad, muy discutida, nunca había sido esclarecida, fue desde su descubrimiento explotada libremente por cuantas naciones de la Tierra realizaron allí denuncias de prospecciones mineras. Las aeronaves norteamericanas y las de los Estados Unidos de Europa,

principalmente, realizaban viajes regulares a Ganímedes para regresar a la Tierra cargadas de oro y platino, entre otros metales raros. El precio del oro había descendido casi verticalmente en toda la Tierra ahora, pero en otros tiempos había sido negocio la explotación de las minas auríferas, correspondiendo los mayores beneficios a un millonario y accionista de las principales sociedades mineras de todo el mundo, llamado Henry F. Bevington.

Todavía la extracción de radium, que en las minas de Ganímedes se daba casi en estado puro, seguía en auge pese al bajo precio que el uranio había alcanzado en la Tierra.

En realidad, la explotación de estas minas constituía un pretexto para justificar la presencia de americanos, europeos y asiáticos en un mundo que, siendo demasiado costoso de colonizar, nadie quería abandonar completamente.

La Historia había sido muy aleccionadora, al dar con el tiempo importancia a territorios que fueron abandonados o vendidos por sus primitivos poseedores. Tal había ocurrido en la Tierra con Alaska, con Nuevo Méjico y la Florida, con el desierto del Sahara y otros tantos ejemplos de tardía e inesperada prosperidad.

Solamente Bevington, a un precio prohibitivo para unos estados que debían rendir cuentas de sus gastos a sus contribuyentes, había continuado paso a paso la colonización de Ganímedes. Pero Bevington poseía una razón, siquiera fuese una razón de índole idealista y religiosa. Ésta era su «tierra de promisión».

Breit apartó de su imaginación estos recuerdos para fijarse de nuevo en la pantalla de televisión. Allá abajo alcanzó a ver una gran hendidura cortada en un terreno de color rojizo y amarillo. Como juguetes miniaturas se veían las grandes máquinas excavadoras los «buldózer» y el molino de mineral.

Aquéllas debían ser las minas anunciadas por el coronel McLoud. La cosmonave estaba descendiendo verticalmente sobre la enorme excavación. De pronto, la máquina experimentó una fuerte sacudida haciendo latir más deprisa el alarmado corazón de los pasajeros.

-No se alarmen -dijo la voz tranquilizadora del coronel-. Olvidé advertirles que, debido a las diferencias térmicas entre el hemisferio calentado por Júpiter y el que siempre está vuelto al otro lado, las corrientes de aire son aquí muy impetuosas... Bueno, temo que no vamos a poder aterrizar en la misma mina.

En efecto, la nave derivaba arrastrada por una corriente de aire impetuosa que la llevó tres millas lejos de la mina antes que el piloto consiguiera posarla en el suelo con brusco golpetazo.

-Señores pasajeros, fin de trayecto -anunció McLoud con su habitual

jovialidad-. Suelten sus cinturones y apéense sin miedo. La atmósfera de Ganímedes está sobrecargada de ácido carbónico, pero éste, aunque no sirve para respirar, no es venenoso.

Los cuatro hombres soltaron sus cinturones y abandonaron los sillones. Bill Sheafer pulsó una palanca y habló ante el micrófono.

-¿Será conveniente coger nuestras armas, coronel?

-Sí, desde luego -repuso McLoud por el tornavoz-. Cójanlas. Los lagartos gigantes no suelen venir por aquí, aunque hay una especie de dinosaurio acorazado muy peligroso habitante de estos páramos.

Los expedicionarios habían traído consigo todo un arsenal de armas. Pistolas ametralladoras, por supuesto. Y un tipo de rifle creado especialmente para los millonarios que iban de cacería a Ganímedes, que disparaba proyectiles de 20 mm. y era el único capaz de abatir los grandes lagartos y otras bestias monstruosas de la fauna de aquel extraño mundo.

Quince minutos más tarde, Breit saltaba del último tramo de escaleras y pisaba por vez primera el suelo firme de Ganímedes.

Los seis expedicionarios se reunieron junto a la aeronave. Vestían todos «monos» caqui, calzando fuertes botas claveteadas ajustadas a la pantorrilla por debajo de la rodilla. Cada miembro de la expedición transportaba sus propias armas: rifle, pistola ametralladora, machete y estuches de munición. Su equipo complementario lo formaban una mochila, una cantimplora, un bote conteniendo un botiquín esterilizado y una pequeña emisora de radio del tamaño de una caja de cigarros, con alcance de doce millas.

Flotaban en la atmósfera de Ganímedes extraños gérmenes que hacían que se emponzoñara el más pequeño rasguño, y la única agua que se podía beber era la que procedía directamente de la lluvia.

Por esta razón los expedicionarios llevaban fuertes guantes y botas altas herméticamente cerradas para impedir la entrada de insectos.

Y sus «monos» estaban hechos de un tejido a base de fibras que no se rasgaban ni desgastaban.

La lluvia era una de las calamidades típicas de aquel mundo tropical y cada hombre traía en su bolsillo de su mochila un impermeable en forma de capa ancha para preservarse ellos y preservar sus armas y demás equipo.

Frederic McLoud era un hombre de 40 años de edad, rubio y fornido, con un curioso mechón de cabellos blancos a un lado de la cabeza. Su copiloto, el comandante Gunther, era un joven alto y delgado, tan grave y taciturno como jovial y comunicativo su compañero. Por lo regular, las largas vigilias de los pilotos en la cabina se traducían en un interminable monólogo de McLoud y un monótono gruñido de asentimiento por parte del comandante Gunther.

-Vamos a empezar por sintonizar nuestros aparatos de radio en la misma longitud de onda -dijo McLoud. Y tomó su emisora.

Steve Gibbs miró a su alrededor.

-¿Para qué? No hay selva aquí donde uno pueda perderse.

-Estamos en Ganímedes, amigo mío. Como en la tierra de Oz, aquí todo es posible. Uno nunca sabe lo que va a pasar. Sintonicemos las radios.

Comprobada la perfecta sintonización de todas las radios, el grupo se puso en marcha siguiendo al coronel McLoud a través del páramo. De tarde en tarde, se escuchaba un tremor como de una escuadrilla de aviones a chorro acercándose a gran velocidad. McLoud gritaba:

-¡Cuidado!

Y una racha de viento brutal y huracanada pasaba silbando sobre los terrícolas para alejarse aullando como una legión de diablos.

La primera vez que esto ocurrió, encontrándose los expedicionarios todavía cerca de la astronave, James Muldrow quedó de pie mientras sus compañeros se echaban al suelo. Muldrow fue cogido por la racha, levantado del suelo y arrojado violentamente a más de cinco metros de distancia.

No se produjo mayor daño que un chichón en la frente, pero exclamó sorprendido:

-¡Caramba! ¿Siempre sopla este viento aquí?

-¿Viento? -protestó McLoud-. ¡Si apenas sopla una brisa! Estamos en calma chicha.

-¡Pues vaya con las dulces brisas de Ganímedes! ¿Qué será un huracán?

Continuaron marchando. El terreno era muy accidentado, estando frecuentemente surcado por profundas barrancas. Antes de descender a una de estas barrancas, McLoud siempre se paraba a inspeccionar al fondo con mucha atención.

-Las alimañas suelen guarecerse en esas hendiduras -explicó.

Una hora más tarde McLoud se detenía, echaba mano de sus prismáticos y los enfocaba a un punto lejano como una torre encaramada sobre una altura.

-¿Qué es aquello? -preguntó Sheafer.

El rostro del coronel expresaba preocupación por primera vez desde que despegaron de los Estados Unidos.

-Eso era la torre del molino de viento de la mina «Radium».

-¿Era?

-Está destruida.

-Bueno, no es de extrañar. Con esas rachas de viento súbitas que aquí se estilan...

McLoud no parecía muy dispuesto a continuar la broma.

-No diga estupideces, comandante. Los vientos constantes que soplan en determinadas regiones son utilizados aquí para mover molinos de viento. Éstos sacan agua de los pozos, accionan generadores eléctricos y sirven

para mil aplicaciones más. Pero, naturalmente, se los construye lo bastante robustos para resistir el más fuerte huracán. Acerquémonos.

El molino de viento, es decir, los restos de lo que fue molino, se hallaban todavía a dos millas de distancia. Mientras marchaban salvando barrancas y ondulaciones del accidentado terreno, Breit preguntó:

-¿Podría derribar una de esas torres cualquiera de los dinosaurios de la fauna local?

-No sería la primera vez que eso ocurre. Pero los dinosaurios, en general, son bastante estúpidos y tímidos. Raramente atacan si no son atacados, y si alguna vez han derribado una torre o una cabaña ha sido por torpeza más bien que por maldad.

-Algún dinosaurio se recostó contra esa torre para rascarse y la echó al suelo, como si lo viera -dijo Gibbs-. ¿Podremos cazar alguno?

-No hemos venido a cazar -recordó el comandante Sheafer del Servicio de Inteligencia de la Marina.

McLoud se detuvo bruscamente, y los demás se detuvieron alarmados tras él.

-¿Qué ocurre? -preguntó Gibbs.

McLoud señaló algo que pululaba entre las rocas a unos pasos de distancia.

-Hormigas.

Eran hormigas como perros, verduscas, velludas, de horripilante fealdad. En Ganímedes, donde la fuerza de gravedad estaba directamente proporcionada al tamaño del satélite, alimañas y plantas alcanzaban tamaños gigantescos.

-Evitémoslas -dijo McLoud concisamente.

Poco después llegaban al pie del molino, que era de estructura metálica. La torre, de la cual se veían cortados y retorcidos dos de los postes angulares, había caído por su propio peso quedando extendida por el suelo. Las aspas de la rueda de viento estaban dobladas o arrancadas de cuajo. La caseta de piedra con techo de plancha ondulada aparecía demolida, y la dínamo completamente destrozada.

Varias planchas onduladas retorcidas, travesaños de la torre y piezas arrancadas de la dínamo estaban esparcidos por todas partes alrededor.

-McLoud, esto no lo hizo un dinosaurio ni un huracán -dijo el comandante Sheafer gravemente-. La instalación fue demolida con explosivos de alta potencia, probablemente TNT o nitroglicerina.

-Eso mismo estaba pensando -fue la seca respuesta de McLoud.

Muldrow, que se había alejado curioseando entre los restos de la instalación, se detuvo de pronto y lanzó un grito:

-¡Eh, vengan a ver esto!

A corta distancia de la derruida torre, entre unas rocas, se veían dos

esqueletos apenas cubiertos por algunos harapos...

Al acercarse Breit, James Muldrow pegó un brinco de sobresalto y salió huyendo de una hormiga gigante que, agitando sus largas antenas y abriendo y cerrando su formidable mandíbula en forma de cepo, parecía desafiar a los terrícolas disputándoles la posesión de los restos humanos.

Breit empuñó rápidamente su pistola ametralladora y disparó una ráfaga contra el insecto.

Alcanzado en el cráneo, el insecto cayó de espaldas, pero todavía estuvo largo rato moviendo sus peludas patas mientras los expedicionarios se reunían en torno a los esqueletos.

-Deben llevar muertos varios días -dijo McLoud-. Las hormigas los devoraron.

Breit señaló con su dedo una de las calaveras.

-A éste le pegaron un tiro en la nuca.

Los ojos de Breit se encontraron con los de McLoud y Breit vio que los del cosmonauta relucían.

-Vamos ya. Bajemos a la mina -dijo McLoud secamente.

A corta distancia del molino de viento se abría la profunda excavación de la mina que los viajeros habían visto desde el aire. Los terrícolas se detuvieron al borde del abismo, pero McLoud los alejó de allí.

-No se detengan. Una ráfaga de viento podría precipitarles al fondo de la mina. No olviden que aquí en Ganímedes ustedes pesan la mitad de lo que han pesado siempre en la Tierra, y que una ráfaga de viento huracanado puede llevarles por el aire como plumas.

El grupo empezó a descender por un camino en zigzag hacia el fondo de la enorme excavación. Allá abajo, el raudo paso de las nubes que surcaban el cielo quedaba reflejado en el espejo de un lago de casi un kilómetro de longitud.

Un silencio extraño, agorero, flotaba sobre la mina.

No se veía un solo ser viviente, ni se escuchaba un ruido, ni se movía una máquina.

Unos metros más abajo, los expedicionarios se detuvieron ante los restos calcinados de lo que debió ser un barracón de madera. Junto al barracón se veía un gran camión volquete chamuscado por el fuego que lo destruyó.

Siguiendo por el camino, los expedicionarios encontraron a diestra y siniestra más señales de destrucción que había paralizado toda la actividad de la mina. Máquinas voladas con explosivos, vehículos incendiados, barracones de los que sólo quedaban montones de tizones... y muertos. Cadáveres reducidos a esqueletos por todas partes.

En el suelo, entre la tierra arcillosa amarilla y roja, encontraron gran número de casquillos de latón. Ni una sola arma.

-La matanza fue completa -murmuró Breit abarcando desde un saliente el fondo de la excavación-. ¿Qué pudo ocurrir aquí?

McLoud guardaba profundo y sombrío silencio.

-¿Seguimos? -preguntó el comandante Gunther.

-No. Vámonos -dijo McLoud secamente.

Giró bruscamente sobre sus tacones y empezó a escalar el pino camino en zigzag por donde habían bajado.

Al llegar arriba se detuvieron a descansar junto a la derribada torre del molino de viento. McLoud sacó del bolsillo un mapa que desplegó y extendió sobre el suelo.

-La mina más próxima, todavía en la zona de transición, se encuentra a ciento ochenta millas en línea recta y pertenece a una compañía holandesa -dijo McLoud señalando determinado lugar en el mapa-. Podemos acercamos a echar un vistazo por allí.

-¿Y por qué no buscamos otra mina norteamericana, aunque esté un poco más lejos? -sugirió Muldrow.

-El puesto norteamericano más próximo se encuentra a mil millas de distancia, en plena selva. Nuestra cosmonave no es un helicóptero, ni siquiera un avión que pueda volar sobre la selva dando vueltas en busca de determinado agujero, imposible de ver desde más de mil metros de altura. Todo lo que podemos hacer es elevamos, corrernos a un lado u otro y volver a descender de nuevo. Y eso a costa de un gasto de combustible que no nos permite repetir muchas veces la misma prueba. Por lo demás, que la mina sea americana o europea, carece de importancia. Los holandeses también nos prestarán un trineo aéreo... si es que pueden hacerlo.

-No ha contestado usted a nuestra pregunta de antes, McLoud -recordó el comandante Sheafer-. ¿Qué cree que ocurrió aquí, en esta mina? ¿Quién asesinó a nuestros compatriotas?

-No lo sé.

-Pero tendrá alguna idea al menos.

-Sí, las mismas que usted.

-Entonces, ¿está pensando en esa chusma de fanáticos de Bevington?

-Tal vez.

-¿Quién más pudo hacerlo?

-Han sucedido cosas muy extrañas en Ganímedes desde que las potencias de la Tierra enviaron aquí aeronaves y hombres y empezaron a sacar oro, diamantes y platino. En una ocasión, todo el personal de una mina de esmeraldas fue pasado a cuchillo. Los autores fueron los obreros de una mina próxima. Ya sabe, los mineros que vienen a trabajar a Ganímedes son casi todos criminales condenados a cadena perpetua y trabajos forzados. En varias ocasiones, esos hombres desesperados asesinaron a sus guardianes e intentaron apoderarse de alguna aeronave con

la cual poder escapar a la Tierra. Otros prefirieron convertirse en bandas de bandoleros, renunciando a toda ilusión de regresar a la Tierra para dedicarse aquí al asalto de campamentos, al asesinato y al saqueo. Si fueron bandidos o fanáticos seguidores de Bevington empeñados en guerra santa, eso no lo sé. Ha habido rumores de que algunas de esas bandas de ex presidiarios habían sellado una alianza secreta con Bevington, y unos y otros se confunden a veces con una sola cosa.

Los hombres guardaron silencio.

-En fin -suspiró Sheafer-. Probaremos suerte en ese campamento holandés.

CAPÍTULO V

Los holandeses estaban bien situados en la falda de una montaña parda, parte de la cual habían excavado en forma de grandes escalones donde los obreros trabajaban con pico y pala. Arriba, sobre la montaña, se levantaba una especie de fortín que destacaba la silueta de los guardianes y un par de ametralladoras contra el cielo color ceniza característico de Ganímedes.

Apenas la cosmonave de los Estados Unidos acababa de posarse en tierra, cuando se destacó un trineo aéreo que avanzó rugiendo a ras de tierra, arremolinando a su paso los amarillos hierbajos para detenerse junto a la máquina. Dos hombres barbudos, armados de ametralladoras, los cinturones derrumbándose bajo el peso de la pistola y las granadas de mano, saltaron del trineo y se acercaron a la aeronave. En el trineo, sobre cuyo techo montaba una ametralladora, quedó vigilante otro hombre oteando la ondulada llanura con los prismáticos.

-Se presenta el coronel McLoud de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos -dijo el piloto al saltar del aparato, llevándose los dedos a la visera de la gorra.

McLoud había empleado el esperanto para presentarse, y en esta lengua universal fue contestado por el más corpulento de los barbudos.

-¿Cómo está usted? Mi nombre es Sped. Soy el ingeniero jefe de esta explotación.

-Mi copiloto, comandante Gunther -presentó McLoud; al resto de la expedición lo ignoró-. Aterrizamos en la mina «Radium», ciento ochenta millas al norte de este lugar, pero encontramos las instalaciones destruidas y a todo el personal muerto.

-¿Qué me dice? -exclamó Sped sorprendido-. ¿Cree que fueron los bandoleros?

-Lo ignoramos.

-Están ocurriendo cosas muy extrañas -murmuró Sped-. Alguien saboteó nuestra emisora de radio días atrás. El barracón donde estaba el aparato voló en mil pedazos durante la siesta. Desde entonces notamos cierto movimiento sigiloso a nuestro alrededor. Hemos redoblado la guardia y armado a los obreros de mayor confianza en previsión a un ataque. ¿De modo que la «Radium» fue destruida y asesinado todo su personal?

-Esperábamos que algunos supervivientes, si es que los hubo, hubiesen venido a refugiarse aquí.

-No, nadie vino. Pero más extraño que eso, es que no recibiéramos ninguna llamada de auxilio por radio. Tal vez a ellos les destrozaron también la emisora. ¿No van a venir a la mina?

-Ya hemos perdido mucho tiempo en la «Radium». En realidad

llevamos pasa por llegar a Ciudad Resurrección... si es que ustedes pueden facilitamos uno de sus trineos aéreos.

-¿Quieren ir a Ciudad Resurrección? Eso está muy lejos.

-Sí, lo sabemos.

-¿Cómo no fueron a aterrizar directamente en Resurrección? Eso les habría ahorrado un viaje muy incómodo y peligroso. Hay que atravesar casi mil kilómetros de selva para llegar allá.

-Bueno, el caso es...

-Claro que yo no se lo hubiera aconsejado -continuó Sped-. Los ánimos están muy excitados en la colonia de Bevington. Ese loco no cesa de lanzar gritos por radio llamando a sus fieles al arrepentimiento y a la guerra santa. A tres de mis hombres que estuvieron allí el mes pasado estuvieron a punto de lincharlos... Bien, les daré uno de mis trineos. Por supuesto, dejarán su aeronave aquí.

-Mi copiloto esperará junto a la astronave hasta nuestro regreso.

-Pues si van a dejar su máquina aquí, vamos a procurar llevarla lo más cerca posible de la mina. Me escaman esos tipos que hemos visto merodeando por ahí.

-El comandante Gunther se ocupará de eso. ¿Podemos tomar este trineo?

-Sí, llévenselo. Y también al conductor si lo desean. Pith conoce como ninguno los senderos de la selva. ¡Pith, vas a ir con estos amigos a Resurrección! -gritó Sped al hombre que había quedado sobre la máquina, junto a la ametralladora.

Pith hizo un ademán de asentimiento.

-Vamos a trasladar al trineo nuestras armas y provisiones -dijo el coronel McLoud.

* * *

Dos horas más tarde, Pith levantaba el pie del acelerador y dejaba que el trineo se deslizara por su propio impulso hasta la orilla del pantano, donde la máquina se detuvo flotando a tres metros del suelo sobre los cojines de aire.

-Siempre me detengo un rato aquí -dijo Pith- para admirar a esos animales mientras se bañan.

Un gigantesco ictiosauro surcaba las cenagosas aguas del pantano dejando asomar su rugosa espalda. Más lejos, dos dinosaurios chapoteaban en el agua. Sus largos cuellos rematados por una cabeza inverosímilmente pequeña, ondulaban como los de los cisnes.

-Hermosos ejemplares, ¿eh? -dijo Pith-. Cada uno de ellos es tan grande como un barco de ocho o diez mil toneladas. Estamos en el país de la exageración. Por supuesto, es la débil fuerza de gravedad de este planetoide

lo que permite que animales y plantas alcancen esas proporciones tan enormes. Miren esos árboles. Con la madera de cualquiera de ellos se podrían construir veinte casas. Y esa flor que parece una rueda de carro. Ella sola bastaría para satisfacer a la más exigente dama aficionada a las flores.

Los expedicionarios guardaron impresionado silencio.

No había exageración en las palabras de Pith. Si acaso, ésta habría que buscarla en los gigantescos reptiles y en la exuberante flora de la selva que los rodeaba.

El árbol más pequeño de cuantos veían era mayor que las secuoyas gigantes de California. Los mayores elevaban sus enormes troncos verticalmente hasta perderse en las nubes cargadas de lluvia. Sus ramas se extendían horizontalmente varios centenares de metros y cada hoja bastaría para proteger de la lluvia a un hombre. El viento huracanado que soplaba a cierta altura removía estas hojas, y en toda la selva se escuchaba un rumor impresionante que ahogaba todo otro ruido.

Bajo los árboles, la eterna noche verde obligaba a los vehículos que cruzaban la selva a llevar los faros encendidos. El calor, sin llegar a sofocar, era húmedo y pegajoso. Densas vaharadas de vapor de agua se elevaban de la gruesa capa de mantillo que cubría la tierra.

Era insoportable el hedor a podredumbre y materias vegetales en descomposición.

-Muy bien, Pith -dijo el coronel McLoud al cabo de un rato-. Si ya ha contemplado bastante a esos dinosaurios, vámonos. Todavía nos quedan quinientos kilómetros hasta Resurrección.

La máquina, que en ningún momento había tocado el suelo desde que salieron de la mina, zumbó y se movió hacia delante deslizándose sobre las sombrías aguas del pantano.

Un modelo rudimentario de trineo aéreo se había ensayado al principio de la segunda mistad del siglo XX con resultados aceptables. El vehículo carecía de ruedas, moviéndose sobre un «cojín» de aire producido por unos grandes rotores montados en la parte inferior del casco de la máquina los cuales la sostenían y a la vez impulsaban hacia adelante o atrás, o a un lado u otro.

El trineo que ahora utilizaban los expedicionarios venía a ser una versión aumentada y perfeccionada del primitivo trineo movido por un motor de gasolina. La utilización de la pila atómica para producir directamente electricidad, la cual a su vez se empleaba para accionar los rotores de la máquina, había hecho posible el desarrollo de este ingenio con un rendimiento sumamente económico.

Por su carácter de «vehículo para todo terreno», el trineo era insustituible en las zonas desérticas y en las tundras y los hielos de regiones

árticas. En Ganímedes, donde la construcción y mantenimiento de carreteras y vías férreas se hacía imposible por su elevado costo, los trineos sustituían con ventaja al automóvil, al ferrocarril e incluso al avión.

El helicóptero, utilísimo en otras regiones más tranquilas, era inadecuado en Ganímedes. Las corrientes de aire los derribaban, las nubes dificultaban su vuelo, y las altas copas de los árboles se erguían como amenazadoras púas siempre dispuestas a ensartar al piloto incauto.

También el trineo tropezaba con dificultades para moverse entre la espesa selva del hemisferio tropical del planetoide.

La costumbre consistía en abrir una pista a través de la selva, derribando árboles con sierras mecánicas y explosivos. Los troncos quedaban tal como caían, dificultando eventualmente el desarrollo de otros árboles en la pista. Así se formaba una especie de angosto y profundo callejón, a ambos lados flanqueado de altísimos árboles, por el cual un trineo podía deslizarse sin tocar el piso a velocidades de hasta 300 kilómetros por hora, salvando ríos y pantanos como sobre una pista asfaltada.

Después de pasar sobre el pantano, el trineo enfiló de nuevo la pista que continuaba al otro lado.

Cuando la fuerza del viento obligó a los expedicionarios a retirarse y correr la cubierta de cristal, Gibbs preguntó al conductor:

-¿Qué hacen ustedes cuando, marchando a esta velocidad, se cruza en la pista alguno de esos enormes dinosaurios?

Pith miró primero el velocímetro y luego gruñó:

-¿A trescientos kilómetros por hora? Bueno, cuando ocurre eso en la pista, si uno no tiene tiempo de parar o apartarse a un lado, lo obligado es darse un tortazo descomunal contra uno de esos animalotes.

-Muy animador -rezongó Gibbs entre dientes.

Muldrow soltó una carcajada y Breit y Sheafer se le unieron.

Solamente el coronel McLoud continuó serio y taciturno, lo cual contrastaba con su optimismo habitual. Según dijo después, le preocupaba la suerte que pudiera correr la cosmonave abandonada en la mina holandesa.

-Tal vez debí quedarme con Lewis. Si esos fanáticos de Bevington atacasen la mina, uno de sus mayores empeños consistiría en destruir nuestra aeronave.

-¿Por qué habían de hacerlo? -sugirió Gibbs-. Nadie destruye una máquina tan costosa, sobre todo si puede ser de alguna utilidad.

Pith dijo introduciéndose en la conversación, aunque nadie se lo había pedido:

-Cualquier máquina que represente un progreso es un objeto maldito de Dios a los ojos de esos locos fanáticos. Eso es precisamente lo que

caracteriza a la religión de Bevington y la hace distinta de las demás. Bevington afirma que todas las maldiciones que pesan sobre el género humano son achacables a los inventos realizados por los hombres para rehuir el trabajo, para ahorrar tiempo y esfuerzos. La fobia de esa gente no sólo comprende a máquinas y vehículos, sino que rechaza también la asistencia y experiencia del médico. Si Dios ha dispuesto determinada enfermedad para el hombre, dice Bevington, el hombre debe dejar que se cumpla en él el designio de Dios.

-¿Quiere decir, por ejemplo, que si un individuo pilla una pulmonía, lo dejan que se las componga a solas con la infección? -protestó Breit escandalizado.

-Bueno, algo puede hacer por sí mismo -repuso Pith muy serio. Y añadió soltando una carcajada-: ¡Rezar!

-Esa gente está loca de remate -farfulló el comandante Sheafer.

-Naturalmente que está loca -afirmó Pith-. En su campamento, la vida se desarrolla como hace tres mil años en el antiguo Egipto. Visten túnicas bastas de arpillera, calzan sandalias y se envuelven la cabeza en turbantes. Construyen casas de troncos, sacan el agua de los pozos por medio de cubos y la acarrean con ánforas. Se alumbran con toscos candiles o hachones, cultivan la tierra con arados primitivos, acarrean las cosechas en carros de ruedas macizas, muelen el grano a mano y se fabrican todos los utensilios por el sistema de las más tradicionales escuelas artesanas. Sólo admiten la ayuda que les proporcionan los caballos y los bueyes, y eso porque Dios hizo a esos animales dándolos al hombre para que aliviaran su pesado trabajo.

-Ni que decir tiene que ese Bevington es un tunante de marca mayor -observó Muldrow-. Como quiera que no podía proporcionar a su gente todas las comodidades y adelantos a que éstos estaban acostumbrados, optó por cortar por lo sano declarando proscritos los productos del progreso más avanzado. ¿Cuál es así el propósito de Bevington? ¿Volver a comenzar por el principio y reinventar todo lo que ya fue inventado?

-No, no es eso. ¡Oh, no! -protestó Pith riendo-. El estado actual de la colonia es, a los ojos de Bevington, el estado ideal para su pueblo. No se le permite a nadie utilizar sus conocimientos para simplificar un trabajo ni alcanzar una ligera comodidad. Basta, por ejemplo, que se vea a un fiel utilizando cerillas para encender fuego para declarársele blasfemo y ponerle en la picota en la plaza del pueblo. ¡Claro que la gente se despepita para encender fuego con la yesca y el pedernal, pero en eso está precisamente lo divertido del juego inventado por Bevington!

Después de otras dos horas de viaje, los tripulantes del trineo todavía no habían conseguido ponerse de acuerdo sobre si estas originalidades eran realmente un juego con todos los atractivos de lo novedoso o si obedecían a

un verdadero plan para hacer retroceder el tiempo tres mil años impulsando a un pueblo por el auténtico camino del arrepentimiento.

Mientras tanto se había puesto a llover, los cepillos del aparato limpiaparabrisas barrían furiosamente el cristal anegado por la lluvia y Pith hacía disminuir la velocidad del trineo.

Poco después la máquina cruzaba un ancho y caudaloso río y Pith anunciaba:

-Resurrección a doce kilómetros.

-Busque un sitio donde podamos esconder el trineo cerca de la ciudad -dijo McLoud.

Diez kilómetros más adelante Pith detuvo completamente la máquina para maniobrar y hacerla entrar entre los formidables troncos del bosque.

-Llevaremos solamente las pistolas y los aparatos de radio bajo el impermeable -dijo McLoud sacándose la gorra y tirándola sobre uno de los asientos del trineo-. Usted, Pith, se quedará aquí cuidando de la máquina hasta nuestro regreso. Le dejaremos uno de nuestros aparatos de radio. Téngalo siempre funcionando a su lado.

-Está bien.

Los cinco hombres echaron pie a tierra y, después de haber sido instruidos por Pith sobre la situación de la ciudad, echaron a andar bajo la lluvia a través del bosque hasta salir a la trocha por donde circulaban los trineos aéreos.

Unos minutos más tarde, bajo un intenso aguacero, el grupo desembocaba bruscamente en un gran espacio abierto. A sus pies estaban todavía los últimos árboles talados (talados a golpe de hacha) y más allá comenzaban los sembrados de papas, de maíz y de alfalfa, sucediéndose sin interrupción hasta el campamento que aparecía a un kilómetro de distancia velado por la lluvia.

Por un camino pavimentado con trozos de una madera muy dura, muy resistente a la podredumbre según McLoud, los expedicionarios se encaminaron a la ciudad.

Mientras iban de camino cesó de llover, las nubes aclararon y fue posible entrever el gigantesco disco de Júpiter a través de una ligera bruma.

Vaharadas de vapor empezaron a brotar de la tierra húmeda y casi en un abrir y cerrar de ojos, las trochas se llenaron de campesinos que iban y venían y entraban y salían en los campos. Pith había asegurado que los «bevines» vestían primitivamente toscas vestiduras de áspera arpillera, pero olvidó decir que se aceptaban como válidos o al menos se toleraban los impermeables de celofán, prenda auxiliar de mucho uso en un mundo donde llovía a cada momento.

Resurrección, capital del reino de Bevington, era simplemente un poblado de toscas cabañas de troncos con calles rectas más bien estrechas,

pavimentadas rústicamente con trozos de árbol, formando un piso desigual, hundido en numerosos puntos donde el agua de la lluvia formaba charcos.

Cuando los expedicionarios entraban en el campamento, un numeroso gentío se arremolinaba en torno a un orador que estaba encaramado a una carreta en una encrucijada.

-¡Pecadores, arrepentíos! -clamaba el orador, y su hirsuta barba temblaba colérica-. Rogad a Dios por vuestros pecados, y recordad que estáis aquí por benignidad de nuestro profeta Enrique. Aunque habéis escapado de la maldición que cae sobre la Tierra, todavía lleváis en vosotros el germen del pecado que llamó a Dios a destruir lo que había creado como castigo a la maldad y la perversión del hombre. Todavía seguís aferrados a vuestros hábitos terrenos, y clamáis por la pérdida de vuestros mundanos placeres aunque renunciasteis a ellos voluntariamente. Os quejáis si dormís en jergones de paja, y echáis en falta vuestros colchones de muelles. Os quejáis si para trasladaros a vuestros campos tenéis que mover las piernas, y pedís que siquiera se os conceda tener bicicletas. Os quejáis si para moler el grano tenéis que verter vuestro sudor en el mortero. ¡Os quejáis de todo, y dais al olvido que renunciamos a todo porque éste es el verdadero, el único y auténtico camino de la salvación! ¡Pobres pecadores! La carne es débil, y el demonio que todavía habita en vosotros os señala tentador a esos gentiles impíos que profanan la santidad de esta ciudad mostrándonos sus lujosos y confortables trineos, sus casas cubiertas de vidrio, sus vestidos y sus alhajas. Pues bien, yo os digo que ha llegado la hora de romper definitivamente, completamente, con todo aquello que nos tiene todavía atados a nuestro pasado. Y si hemos de arrojar a los gentiles, los expulsaremos de nuestra ciudad, y si tenemos que destruir y pulverizar sus casas y sus coches, y rasgar sus vestiduras y llenar de barro sus caras rasuradas que perfuman con jabón, haremos eso y todo lo que sea necesario.

Un grito gutural brotó de las gargantas de los que escuchaban.

-Si mi sexto sentido no me engaña, todo me dice que las cosas se están poniendo muy feas para nosotros -rezongó McLoud entre dientes.

-¿Somos nosotros los «gentiles»? -interrogó Gibbs más divertido que asustado.

-Los prosélitos de Bevington llaman «gentiles» a todos aquellos que no profesan su religión.

-¿Entonces va con nosotros? Escuchen lo que dice ese loco barbudo -gruñó Muldrow.

Exaltándose a medida que hablaba, el orador exigía a sus oyentes un arrepentimiento completo y una ruptura total con los objetos y máquinas que todavía les recordaban su pasado. La ruptura, al parecer, implicaba la aceptación plena de la palabra, pues uno de los sucios barbudos del

auditorio levantó su impermeable de celofán por encima de su cabeza y aulló:

-¡Sí, rompámoslo todo! ¡Y esto también!

-Vámonos de aquí -aconsejó Breit viendo cómo, si poseídos de repentina locura, los prosélitos de Bevington empezaban a rasgar sus impermeables, tiraban a lo alto sus chanclos, rompían sus pipas, pisoteaban sus gafas y chillaban mientras tanto como una legión de demonios.

Cerca de allí, la policía de Bevington, los «bevines», presenciaba impávida aquel acceso de locura destructora colectiva.

Aunque el propio Bevington abominaba de todos los objetos inventados por el hombre en los últimos cinco mil años, su numerosa gendarmería calzaba altas botas, iba uniformada de verde, se protegía de la lluvia con capas impermeables y se cubría con cascos de acero.

Naturalmente, cada gendarme llevaba también su correspondiente revólver y su metralleta colgando del hombro.

Internándose a toda prisa por un callejón, Breit y sus amigos desembocaron en una plaza de forma rectangular donde otro orador arengaba a la muchedumbre contra los impíos «gentiles» que malograban la castidad de aquella ciudad con su presencia y su insultante ostentación de todos los lujos, comodidades y refinamientos a que los prosélitos de Bevington habían renunciado por voluntad «propia».

Uno de los extremos de la holgada plaza estaba totalmente ocupado por la fachada de un enorme palacio de gruesos muros de piedra con torreones y murallas, la cual paseaban pausadamente gendarmes uniformados de verde llevando sus ametralladoras bajo el brazo.

-El palacio de Bevington -señaló McLoud.

-Apuesto que él no se priva de ninguna de las comodidades que niega a sus seguidores -observó Muldrow.

-No, se equivoca -dijo McLoud-. Bevington vive cara a sus seguidores en la más completa y conmovedora austeridad. En su palacio apenas hay muebles. Duerme sobre tablas, come maíz asado y ayuna a cada dos por tres tomando solamente agua.

-¿Usted lo ha visto?

-No, pero eso es lo que dicen. Vamos, ese otro edificio de enfrente es el consulado de los Estados Unidos.

La casa que señalaba el coronel, hacia la cual se dirigieron por la acera de tablones cubierta por los porches, era un hermoso edificio de madera con anchos balcones, espacioso pórtico y grandes ventanales acristalados. Comparado a las miserables casas de troncos que daban a la misma plaza, el edificio americano contrastaba limpio y elegante como un palacio.

Era, sin disputa, más bonito que el recio palacio-fortaleza de Bevington que se levantaba al extremo opuesto de la plaza, construcción tosca que no

correspondía a ningún estilo determinado.

Aunque McLoud había llamado «consulado» al edificio que en Resurrección representaba a los Estados Unidos de Norteamérica, el rótulo del balcón de la casa, debajo de la bandera de las barras y las estrellas, decía escuetamente:

«Instituto de Inmigración de los Estados Unidos de América».

Un elegante trineo aéreo, todo esmalte gris, cristal y cromo, estaba aparcado ante el instituto. En la fina proa de la máquina campeaba la bandera de los Estados Unidos.

Una mujer joven y un hombre que vestía elegante terno gris salieron de la casa en preciso momento que Breit y sus amigos cruzaban la plaza en diagonal para ahorrarse llegar hasta el rincón de la plaza. De todos, Breit era el único que la conocía.

-¡Es la señorita Weckerman!

Según los planes establecidos de antemano, Alma Weckerman a su llegada a Resurrección, debería entrevistarse con su padre y animarle a salir del laboratorio de Bevington para acogerse a la protección del Instituto de Inmigración. En éste, los funcionarios norteamericanos se apresurarían a facilitar a los Weckerman un vehículo que los transportaría fuera de la ciudad hasta cierta mina estadounidense situada a 800 kilómetros de Resurrección, todavía en plena selva.

Desde la mina «Radium», donde la cosmonave del coronel McLoud tomaría tierra, los expedicionarios se comunicarían por radio con la mina «Sibilium». Si los Weckerman estaban ya allí, los expedicionarios irían a buscarles en un trineo de la mina «Radium».

Los Weckerman, en el supuesto que encontraran dificultades, podrían haberse dirigido también a otros dos lugares distintos; a una mina de oro a 1.500 kilómetros en dirección opuesta, o a cierto campamento norteamericano enclavado en una región montañosa, desde el cual una misión de científicos realizaban frecuentes correrías para estudiar diversos aspectos de la flora, la fauna y la climatología de Ganímedes.

Por supuesto, también podrían haberse dirigido directamente a la mina «Radium» y esperar allí a la cosmonave que llegaría tres o cuatro días después que la cosmonave de Bevington, dependiendo el lugar de la forma en que Weckerman abandonase el laboratorio.

Breit cruzó la plaza y llamó a la muchacha.

-¡Señorita Weckerman!

La joven quedó muy sorprendida de verle allí.

-¡Doctor Breit! ¿Cómo llegó hasta aquí? No esperaba...

La muchacha vio a los hombres que estaban detrás de Breit y comprendió. Miró temerosa alrededor. Su acompañante esperaba con el ceño fruncido y ella aclaró:

-Es el doctor Breit. Aunque nada se habló de esto, me figuro que él ha venido a buscar a papá. ¿Son ésos sus amigos?

-Sí.

Ahora era el hombre del terno gris quien se ponía nervioso. En el centro de la plaza una muchedumbre se apiñaba en torno al orador que estaba subido sobre una carreta. Los gritos del acólito de Bevington se escuchaban en toda la plaza.

-¿Cómo se han atrevido a venir? -rezongó el hombre entre dientes. Indicó el edificio del Instituto con un leve movimiento de cabeza-. No podemos hablar aquí. Pasen por aquel callejón, tuerzan a la izquierda y entren por la verja del jardín que verán allí. Es la puerta trasera del Instituto. Mi secretario les atenderá. Vamos al palacio de Bevington a solicitar permiso para ver al profesor.

-¿Entonces, no le ha visto todavía? -preguntó Breit a la muchacha.

-Por dos días consecutivos he ido al palacio pidiendo ver a mi padre, pero siempre me han despedido con las palabras «tal vez mañana». El señor Hagerston ha conseguido una entrevista con Bevington. En este momento nos dirigíamos a palacio.

-Le deseamos mucha suerte -dijo McLoud tirando del brazo de Stefan Breit-. Vayan, nosotros esperaremos en el Instituto.

Alma Weckerman y Hagerston se alejaron apresuradamente.

McLoud empujó a Breit en dirección al callejón, en una de las esquinas de la plaza. Ya se encontraban cerca de aquella calle cuando escucharon un formidable griterío. McLoud se volvió.

-¿Qué ocurre?

Gibbs, Muldrow y Sheafer miraban hacia el centro de la plaza. Breit miró también y vio a la señorita Weckerman y a mister Hagerston que habían llegado junto a la manifestación y se detenían de pronto.

-Los acólitos de Bevington rasgan sus vestiduras -dijo Sheafer desdeñosamente-. Por supuesto, es una escena previamente ensayada. Y ni siquiera se preocuparon de cambiar de versión. Uno grita: «¡Sí, rompámoslo todo!», y rasga su impermeable. Absolutamente falto de originalidad.

-¡Linchemos a los perros incrédulos! -aulló una voz.

-Esto se pone feo -murmuró McLoud.

El populacho chillaba y pataleaba, rasgaba sus impermeables, pisoteaba gorras y sombreros de goma. Luego, los fanáticos se volvieron hacia Hagerston y la señorita Weckerman.

-¡A ellos! -se oyó gritar.

Hagerston tomó la mano de la muchacha y empezó a retroceder. Debió decir algo en voz baja a la chica, pues ésta se soltó de repente y echó a correr en dirección al Instituto. La muchedumbre vociferó, Hagerston

empezó a retroceder más aprisa. Bruscamente, Hagerston dio media vuelta y echó a correr también a través de la plaza.

-¡Maldición, Muldrow! -rugió McLoud-. ¡Corra a ese trineo y trate de ponerlo en marcha!

CAPÍTULO VI

Breit se había lanzado impulsivamente al encuentro de la señorita Weckerman. Pálida y sin aliento, la chica llegó junto a Breit y le miró asustada e implorante.

-¡Siga hasta el trineo! -le gritó Breit.

La muchacha continuó corriendo y Breit echó atrás su capa impermeable en busca de la pistola ametralladora.

-¡Quietos, no vayan a estropearlo todo! -gritó McLoud deteniendo el rápido movimiento de sus compañeros hacia las armas.

Hagerston llegó con el rostro desencajado y dijo sin resuello:

-¡Huyan! Bevington lleva mucho tiempo preparando esto. Su propósito es acabar con la representación de todas las naciones que idealizan la libertad de ideas y cultos.

McLoud le hizo una breve seña para que continuara corriendo y luego salió al encuentro de la horda que llegaba gritando y blandiendo los amenazadores puños.

-¡Deténganse! ¿Se han vuelto locos? ¿Qué se proponen hacer? -gritó McLoud con estentórea voz.

-¡Apártate, imbécil! -gritó un gigante barbudo que todavía conservaba parte de un impermeable hecho jirones-. Tenemos que acabar con esos cerdos extranjeros de una vez.

McLoud echó su zarpa al pecho del barbudo y lo atrajo hacia sí de un tirón:

-¿Y tú dónde has nacido, desdichado? -rugió el coronel-. No habrá sido en este planetoide, me figuro. Eres tan extranjero como ellos, como todos los que estamos aquí.

La ola se había detenido ante los cuatro hombres. McLoud propinó un vigoroso empujón al barbas arrojándole sobre sus acólitos.

-Largaos. No se va a linchar a nadie hoy.

Breit volvió ligeramente la cara para mirar atrás. Muldrow había llegado junto al trineo y Alma Weckerman ya estaba allí también, pero el agente de la Agencia Central de Información no podía abrir las portezuelas.

Hagerston llegó en aquel momento y sacó un manojo de llaves del bolsillo.

-¡Mirad, se disponen a huir en su trineo de lujo! -gritó un tipejo de largas barbas rojas señalando.

-¡Muchachos, vamos por ellos! ¡Que no escapen! -bramó el gigante barbudo.

McLoud agarró al gigante por el brazo cuando iba a pasar por su lado, le hizo dar un cuarto de vuelta y le asestó un puñetazo en la nariz.

El duro golpe hizo salir al barbas reculando, estando a punto de caer de

espaldas. Pero consiguió recobrar el equilibrio, apartó su mugrienta chaqueta de arpillera y empuñó una pistola.

-No te atreverás a disparar -le dijo McLoud fríamente.

El otro apretó el gatillo. Sonó el disparo y McLoud se estremeció de pies a cabeza. Miró a su asesino con ojos furiosos, dio un paso inseguro adelante y cayó de bruces sobre el pavimento de madera de la plaza.

El disparo de revólver había inmovilizado a todos. El populacho dio un paso atrás y Breit, Gibbs y Sheafer lo dieron adelante empuñando sus pistolas ametralladoras.

El cañón del revólver se volvió contra Breit, que era el que se encontraba más cerca del barbudo.

Breit tiró del disparador de su pistola y una rociada de balas casi segó al asesino por la cintura. No sólo el barbudo agitador fue alcanzado, sino también varios hombres de los que estaban tras él.

Los hombres cayeron por el piso lanzando aullidos de dolor y muerte.

-¡Atrás! -gritó Sheafer encañonando a la turba-. ¡Atrás todo el mundo!

El populacho retrocedió más que deprisa mientras llegaban corriendo dos parejas de gendarmes armados de metralletas, una por cada extremo de la plaza.

-¡Al trineo! -gritó Breit echando a correr.

Muldrow ya estaba ante los mandos del trineo poniendo el motor en marcha. La señorita Weckerman se coló en el compartimento posterior, pero Hagerston estaba en el pórtico pegando gritos y suplicó a Breit que llegaba:

-¡Por el amor de Dios, esperen a mi esposa! No puedo marcharme sin ella. ¡La matarían!

-¿Dónde está su esposa?

-Dentro de la casa. ¡Marta! -gritó Hagerston por la puerta.

Un hombre salió corriendo con una cartera de piel en una mano.

-Tex, ¿dónde está mi mujer? -gimió Hagerston.

-Arriba.

En efecto, una voz llegó desde el balcón.

-Bill, espérame, ya voy.

Una ametralladora tableteó. Breit empujó a Hagerston al suelo. Las balas pasaron silbando, arrancando astillas de las columnas del pórtico y alcanzando al joven de la cartera, el cual rodó por el tablado sin siquiera proferir un gemido.

Sheafer disparó una ráfaga de ametralladora y gritó:

-¡Maldición, vámonos! ¿Qué hacemos aquí?

Del lado opuesto de la plaza llegó el fatídico crepitar de una ametralladora. Las balas perforaron el cristal de la ventanilla posterior del trineo. Breit todavía alcanzó a ver a un gendarme de Bevington corriendo

agazapado por detrás de las columnas de un pórtico. Había otro policía disparando desde una esquina.

Tendido de bruces sobre las planchas del pórtico, Breit disparó contra el gendarme que corría. El hombre cayó. Pero esta pequeña victoria no significaba nada. Pronto llegarían más gendarmes, Bevington tenía muchos.

Breit sintió que la desesperación le clavaba su garra en la garganta. Todo estaba saliendo mal, y esta pequeña espera amenazaba con hundir definitivamente incluso sus ya escasas probabilidades de salvación.

-¡Váyanse! -rugió furioso-. Llévense el trineo. Yo voy en busca de la señora Hagerston.

No esperó siquiera a oír la respuesta de sus compañeros. Gateó atravesando el pórtico y entró en la casa.

Cuando se dirigía corriendo hacia la escalera escuchó ruido de cristales rotos tras él. Se volvió y vio a mister Hagerston que acababa de entrar dando traspiés. También vio a Bill Sheafer que corría por el pórtico disparando su ametralladora, abría la portezuela del trineo y se metía dentro de un salto.

El trineo se elevó zumbando y empezó a moverse mientras de sus ventanas salía el parpadeo de las pistolas ametralladoras de Sheafer y Gibbs.

Arriba de la escalera apareció una mujer joven, pelirroja, muy guapa y retocada. Vestía «sweater» de punto ajustado color rojo y ceñido pantalón negro deportivo. En la mano traía una maleta. En la otra mano un bolso de rafia.

-¡Marta, Dios mío, baja de una vez! -gimió Hagerston retorciéndose las manos-. ¿Qué estuviste haciendo?

-No querrías que me marchara desnuda. ¡Dios mío, Bill, estoy muy asustada! ¿Qué ha sido del trineo?

-El trineo se fue, señora -repuso Breit apoyando un codo en el artístico remate de la escalera-. Nos quedamos como suele decirse, plantados en tierra.

-¡Dios mío! -gimió la mujer.

Estuvo a punto de caer al fallarle el equilibrio que mantenía sobre sus altos tacones, se dejó caer en uno de los escalones y rompió a llorar.

El propio Breit iba a maravillarse más tarde de la agudeza de todos sus sentidos en aquella comprometida situación.

-Bill, busque un calzado más adecuado para su esposa -dijo al aniquilado mister Hagerston-. Temo que vamos a tener que correr mucho si de veras quieren salvar la piel.

Hagerston reaccionó asintiendo y echando a correr escaleras arriba. En la plaza seguían crepitando las ametralladoras. Breit fue hasta la puerta y se asomó a la plaza.

Todavía alcanzó a ver el trineo que desaparecía por un callejón. Una docena de gendarmes corría a través de la plaza disparando sus ametralladoras contra la máquina fugitiva. Tardíamente, una ametralladora pesada tableteó desde uno de los torreones del palacio de Bevington. El trineo logró escapar.

Breit volvió al interior de la casa. Hagerston bajaba por las escaleras llevando un par de zapatos de suela plana. La mujer seguía llorando mientras su esposo le arrancaba los zapatos de alto tacón y le calzaba los otros.

Habían cesado los disparos en la plaza.

-Vamos ya -dijo Breit impaciente-. No tardarán en venir por nosotros.

Salieron por la puerta trasera, atravesaron un silencioso jardín y corrieron por un sucio callejón cuando empezaba a llover de nuevo.

* * *

La lluvia se hizo torrencial mientras Breit se alejaba de la ciudad seguido por los Hagerston. A más de seis metros de distancia, la espesa cortina de la lluvia impedía ver nada. En estas condiciones Breit ignoraba siquiera si iba bien encaminado o si estaba alejándose de la pista que le conduciría al escondrijo del trineo holandés.

Todavía arreció más la lluvia. Espantosos truenos, potentes como cañonazos, retumbaron haciendo estremecer el pavimento de tocones de la senda que recorrían. En pleno día parecía de noche y los relámpagos se sucedían unos a otros abriendo quebradas líneas de fuego en aquella densidad gris. Si algo tranquilizaba a Breit era el pensamiento de que la misma tormenta que entorpecía su marcha estaría retrasando la persecución de la gendarmería.

Estuvo tentado de utilizar la radio para llamar a Pith y rogarle que viniera a buscarles con el trineo, mas desistió de hacerlo.

Pith no podría encontrarles mientras durase la tormenta, y si ésta cesaba antes que ellos pudieran alcanzar el lindero de la selva, entonces serían los policías de Bevington quienes patrullarían los alrededores de la ciudad utilizando trineos aéreos.

Confió pues su suerte a la tormenta, y la tormenta los ayudó.

Al alejarse los truenos y amainar la lluvia, cuando la luz iba en aumento después de la fuga de las oscuras nubes, Breit y los Hagerston alcanzaban los primeros árboles de la selva.

Se detuvieron a recobrar el aliento. La señora Hagerston había tenido la precaución de poner un impermeable en su bolso, pero su marido lo olvidó en las prisas y andaba calado hasta los huesos. Breit sacó su emisora de radio y llamó a Pith.

Pith contestó enseguida. A la pregunta de Breit contestó que nadie

había llegado, ni con trineo ni sin él.

-No sé dónde me encuentro, Pith -le dijo Breit-. ¿Habría alguna forma de orientarme para ir a reunirme con usted?

-Bueno, déjeme pensar. Ya sabe que nuestras brújulas no sirven para nada aquí en Ganímedes.

-No llevo brújula -contestó Breit.

Después de corta pausa, en la que Pith al parecer estuvo reflexionando, éste habló de nuevo:

-¿Se encuentra en el lindero de la selva? Muy bien. Espere hasta que cese de llover y haya buena visibilidad. Entonces asome al borde de la selva, mire hacia la ciudad y dígame de qué lado ve el palacio de Bevington.

-De acuerdo, le volveré a llamar en cuanto lo haya averiguado.

Todavía seguía lloviendo, aunque en menor intensidad. Hagerston estornudaba y tiritaba de frío, en tanto que su señora no cesaba de quejarse por el abandono de que habían sido víctimas.

-¡Si al menos no se hubieran marchado con nuestro trineo!

-Señora, cállese de una vez -hubo de decirle Breit finalmente irritado.

Aunque todavía lloviznaba se alejó de los Hagerston por no oír las quejas y suspiros de la hermosa e insustancial pelirroja. Salió de la selva por un punto en donde los colonos habían estado talando árboles recientemente.

Se veían varios troncos gigantescos derribados y montones de ramas y hojarasca. La ciudad, lejana, aparecía brumosa con su formidable fortaleza destacando sobre el poblado de bajas casas de troncos. Breit no pudo precisar de qué lado veía el palacio de Bevington, por lo que decidió esperar un poco más.

Mientras estaba allí esperando arrimado a un tronco tan alto como una casa, escuchó voces que se acercaban.

Montó su pistola ametralladora y esperó en su escondite.

Dos gendarmes envueltos en brillantes impermeables venían por el lindero de la selva con la cabeza inclinada, ambos con las metralletas apercibidas. Uno de ellos llevaba una emisora de radio portátil de tipo militar.

Breit se retiró más hacia adentro de su escondite, dejando a los policías que pasaran ante él sin sospechar su presencia. Luego, mientras se alejaban, Breit asomó la cabeza para espiar la dirección que tomaban.

Los gendarmes se habían detenido observando atentamente el suelo. Uno de ellos se irguió y señaló con el brazo hacia la selva mientras el otro aplicaba la emisora portátil a su oído. Breit sintió helársele la sangre en las venas.

¡Los gendarmes habían descubierto el rastro que él y los Hagerston

dejaran en el piso blando y cenagoso!

Breit pensó con amargura en cuán cerca los había tenido de su pistola para matarles cuando cruzaron ante su escondite, mas luego se dijo que de todos modos éste habría sido un acto muy arriesgado.

Seguramente habría más gendarmes batiendo la zona de cultivos a lo largo del lindero de la selva, y éstos necesariamente habrían escuchado los disparos.

Pensó que tendría que avisar a los Hagerston.

Los gendarmes se dirigían en derechura hacia la selva detrás de las huellas de los fugitivos. Breit se apresuró a adelantarse a ellos regresando donde habían quedado los Hagerston. Mientras iba de vuelta recordó algo que había oído decir a Pith aquella mañana refiriéndose a las personas que alguna vez se extraviaron en la selva.

Y era que la selva tenía una propiedad especial para absorber todos los ruidos como un gigantesco acolchado. Patrullas que estuvieron buscando a un hombre extraviado, se encontraron muy cerca de él y no pudieron escuchar sus gritos. Ni siquiera los disparos que el extraviado hacía para llamar la atención sobre él.

Dos disparos de pistola ametralladora quizás no se escuchasen más lejos del lindero de la selva.

* * *

Agazapado detrás de los helechos, Breit vio avanzar a los gendarmes paso a paso.

Uno de los policías iba delante apartando los arbustos con el cañón de su ametralladora, comprobando la impresión de las huellas de los fugitivos en la espesa y húmeda capa de mantillo de la selva. El otro, inmediatamente detrás, miraba a su alrededor vigilante con el índice sobre el gatillo de la metralleta.

Cerca de Breit, con la espalda pegada contra el gigantesco tronco de un árbol, el matrimonio Hagerston esperaba conteniendo la respiración. Los gendarmes se encontraban a sólo veinte pasos de distancia cuando, al mirar hacia el árbol, Breit vio a la señora Hagerston que se empujaba la nariz hacia arriba con el dedo índice reprimiendo algo que Breit vio sería inevitable estornudo.

Sólo por ver lo que habría ocurrido en el caso de encontrarse los gendarmes un poco más lejos, Breit esperó a ver qué ocurría.

La señora Hagerston estornudó.

Breit vio a los gendarmes ponerse rígidos como perros que ventean la caza, e inmediatamente se incorporó y apuntó al hombre que iba delante.

Disparó. El hombre dio una vuelta brusca sobre sí mismo y soltó la ametralladora cayendo al suelo.

La ráfaga de la pistola ametralladora de Breit alcanzó al segundo gendarme antes que éste tuviera tiempo de disparar. La selva absorbió los disparos como un papel secante una mancha de tinta, y el profundo silencio formado del frotar de muchas hojas gigantescas volvió a reinar, solemne y sobrecogedor.

-No pude evitarlo -dijo la señora Hagerston respondiendo a la dura mirada que le lanzó Breit-. Llevo los pies empapados.

Breit se abrió paso entre los helechos que cubrían el suelo de la selva hasta el lugar donde los gendarmes yacían completamente inmóviles.

Un solo vistazo le demostró que los dos policías estaban muertos.

Bill Hagerston llegó y contempló pensativamente los cadáveres.

-Si los gendarmes de Bevington nos cogen después de esto, nada ni nadie podrá impedir que colguemos por el cuello de las almenas de palacio -murmuró.

-Bevington escoge muy buenos mozos para su gendarmería -observó Breit-. ¿Apuesta que esos uniformes nos caen bien a usted y a mí?

-¿Quiere que nos pongamos sus uniformes?

-Valdría la pena hacerlo sólo por lo fácil que es de confundir su color sobre el fondo verde oscuro de la selva, pero hay además otras razones que quizás aconsejen el cambio de indumentaria.

-Pues por mí, encantado. Vengo calado hasta los huesos -farfulló Hagerston.

Los dos hombres se metieron entre los helechos fuera de la vista de la señora Hagerston. Poco después, la dama veía venir hacia ella dos cumplidos gendarmes de Bevington a quienes su amplio impermeable y los cascos de acero infundían majestuosa solemnidad.

-¡Oh, Bill, qué bien te sienta ese uniforme! -exclamó ingenuamente la señora Hagerston.

El hombre repuso entre dientes:

-Ojalá pueda llevarlo mucho tiempo.

La señora Hagerston vestía un elegante y llamativo impermeable azul eléctrico. Breit le tendió el que acababa de quitarse.

-Tome, señora. Póngase este impermeable encima del suyo. Así evitaremos que nos reconozcan a diez kilómetros de distancia.

La dama, envuelta en el impermeable de Breit, parecía más bien un monje al que cubría casi todo el rostro el gran capuchón.

Sólo para estar en el papel de gendarme, Breit escondió bajo su capa verde la pistola ametralladora y empuñó una de las metralletas capturadas a las víctimas. Hagerston tomó la segunda metralleta y cargó con la emisora de radio portátil. Breit incautó unos prismáticos.

Breit volvió al lindero de la selva. Había cesado de llover y la visibilidad había mejorado mucho.

En efecto, casi lo primero que vio fue un trineo aéreo que venía lentamente zumbando a lo largo del borde de la selva, al parecer esperando alguna nueva señal de los gendarmes que, por estar muertos, ya no podrían darla de ninguna clase.

Breit se retiró hacia la selva hasta que hubo pasado el trineo. Luego asestó sus prismáticos a la ciudad y tomó nota mental de la posición en que veía el castillo-fortaleza desde aquel punto.

Regresó junto a los Hagerston.

-Movámonos -dijo-. No conviene que estemos parados aquí.

Mientras marchaban por la selva sacó de nuevo su pequeña emisora y estableció contacto con Pith.

-Hola, doctor -fue el saludo de Pith-. Le estuve llamando hace unos minutos. Sólo para decirle que sus amigos acaban de llegar con la muchacha y el trineo.

-Lo celebro mucho, luego voy a hablar con ellos. Ahora, Pith, respóndame a esto. Veo la fortaleza de Bevington por la parte opuesta a la fachada. ¿Cuál es mi situación respecto a ustedes?

-¡Hum, mala!-gruñó Pith-. Está usted en el punto diametralmente opuesto a donde debía estar. La pista que conduce aquí está enfrente de los torreones, ligeramente a la derecha de la fachada principal del palacio. Para dar con la pista habría de dar usted toda la vuelta a la zona de cultivo que rodea la ciudad.

-¡Vaya, qué mala suerte!

-Yo podría aventurarme a salir en su busca con el trineo, pero... Espere, el señor Sheafer le va a hablar.

La voz del comandante Sheafer sustituyó a la de Pith. Se interesó por el estado de Breit, dijo que se alegraba de saber que estaba bien y que todos habían lamentado mucho tener que dejarle abandonado a su suerte.

-Casi estuvimos a punto de dar media vuelta y regresar en su busca, pero la presencia de la señorita Weckerman nos recordó a tiempo que estamos en Ganímedes para llevar a cabo algo más importante que salvar a un compañero en peligro, y hacerlo arriesgando la seguridad de todos y el éxito de nuestra empresa.

-Estamos de acuerdo en eso, comandante, sólo que me pregunto si todavía quedará algo por salvar de nuestra desafortunada empresa. ¿Dónde está el profesor Weckerman? La muchacha debería saber eso.

-El profesor trabaja en el laboratorio de Bevington, en los sótanos de su palacio-fortaleza. La señorita Weckerman hizo indagaciones entablando amistad con un oficial de la gendarmería de Bevington, e incluso envió por conducto de ese oficial una nota a su padre de la que no obtuvo respuesta.

-¿En la fortaleza de Bevington, eh? -murmuró Breit-. Justamente el peor sitio de Ganímedes para intentar rescatarlo. ¡Si al menos anocheciera

alguna vez en este maldito satélite! ¿Qué planes tenemos para el futuro?

-Ninguno por ahora, eso es lo que vamos a discutir. Breit, lo siento. Hemos decidido alejarnos de estos parajes, sería peligroso permanecer tan cerca de la ciudad. Vamos a retirarnos unos kilómetros más adentro de la selva, pero dejaremos aquí uno de los trineos por si usted viene a cogerlo. Es todo cuanto podemos hacer.

-Trataré de llegar hasta ahí. ¿Dónde deberé dirigirme si consigo coger el trineo?

-Tal vez lo mejor fuera que volviese a la mina directamente. Si no encontramos el medio de sacar a Weckerman de la fortaleza, allí nos dirigiremos nosotros también.

-No estoy de acuerdo con sus planes, comandante -dijo Breit con aspereza.

-Bueno, el caso es...

-Sea cual sea el caso, Sheafer, lo que nunca debemos hacer es renunciar a la esperanza de rescatar al profesor. Hace muchos meses que salimos de la Tierra. Quizás hayamos relegado un poco al olvido lo que está ocurriendo allá. Y lo que ocurre, Sheafer, es que allá quedan todavía millones de seres humanos que esperan nuestro regreso como única esperanza de salvación. Tenemos que sacar al profesor de ese castillo, como sea y a cualquier precio. Y para hacerlo, no es lo más apropiado desmembrar nuestro grupo dejando un muerto aquí y enviando a otro compañero de regreso a la mina. Ustedes tres solos nunca podrán tanto como si estuviéramos los cinco juntos. Pith acaso pueda reemplazarme a mí con ventaja, pero la señorita Weckerman nunca suplirá el valor, la inteligencia ni la fuerza física del coronel McLoud.

-Muy bien -repuso Sheafer con aspereza-. ¿Quiere entonces que le esperemos aquí, y que tal vez nos capturen a todos?

-No. Lo único que espero es que no se alejen más allá del alcance de mi emisora. Yo procuraré llegar hasta el trineo. Luego, Pith me guiará por radio para que podamos reunirnos de nuevo.

-De acuerdo, eso sí lo podemos hacer. Le seguiremos enviando nuestras noticias a intervalos regulares.

Un «clic» metálico interrumpió la conversación. Breit miró apesadumbrado a sus compañeros de odisea.

-Lo siento, vamos a tener que andar muchos kilómetros por la selva antes de llegar a nuestro trineo.

CAPÍTULO VII

Después de guiar otro largo rato su trineo por la tortuosa ruta entre los formidables árboles, bajo la semipenumbra de la eterna noche verde, Pith dijo sin apartar sus ojos del camino:

-¿Por qué no comunican de nuevo con su amigo? Debemos estar llegando al límite del alcance de esas pequeñas emisoras.

-Esto es un fastidio -rezongó Sheafer tomando su aparato-. Lo que pretende Breit es una solemne tontería. Nunca podrá encontrarnos a través del camino que hemos recorrido, ni siquiera ayudándose de un equipo de radiogoniómetros. Veamos si se le oye todavía.

Sonó un «clic» y enseguida se escuchó la voz impaciente de Breit todavía vigorosa:

-¡Atención, Sheafer! ¿Me oyen? ¡Sheafer!

-Le escucho, Breit. El alcance de estas emisoras debe ser algo mayor que lo que creíamos. Todavía le oigo muy bien.

En efecto, en toda la cabina se escuchaba perfectamente la voz de Breit, el cual habló y dijo:

-Acabo de tener una nueva idea, comandante. La señora Hagerston me está demostrando que vamos a necesitar horas para alcanzar ese maldito trineo mientras marchemos por la selva. Está muy cansada. Su calzado no es apropiado para una marcha por este terreno húmedo y blando. ¿Me está escuchando?

-Sí, le escucho -contestó Sheafer, y se volvió a mirar a sus dos compañeros y a la silenciosa señorita Weckerman como diciendo: «¿Se apuestan a que nos propone otra idea descabellada?».

Sheafer no iba a quedar defraudado, pues las siguientes palabras del doctor Breit correspondían ciertamente a un audaz y descabellado proyecto:

-Voy a intentar rescatar al profesor ahora mismo, Sheafer, eso es lo que he pensado.

El comandante pegó un respingo.

-¿Se ha vuelto loco?

-Escúchenme. Olvidé decirles que maté a dos gendarmes de Bevington y nos apropiamos sus uniformes y armamento -Steve Gibbs dejó escapar un largo silbido de asombro. Breit continuó-: Hay una razonable probabilidad de que consiga introducirme en la fortaleza de Bevington con este uniforme.

-¡Sheafer, eso es estupendo! -exclamó Muldrow, se incorporó para asomar al compartimento anterior y gritar por encima del hombro del comandante-. ¡Bravo, Breit! ¿Cree que conseguirá entrar en la fortaleza, bajar al sótano y llegar hasta el laboratorio? ¿Recibirá cualquier informe o ampolla de cultivo que le dé Weckerman, saldrá y vendrá a reunirse con

nosotros? ¿Podrá hacer eso?

-Voy a intentarlo -contestó la lejana voz del doctor-. Creo que podré entrar, aunque acaso lo más difícil sea la salida.

-Espere, Breit -dijo Sheafer inclinándose anhelante sobre la pequeña emisora de radio-. Si va a correr un riesgo, nosotros queremos participar de él. Tal vez podamos establecer un plan conjunto para ayudarle a salir del palacio.

-No me atreví a sugerírselo -repuso Breit-. La verdad es que es un plan descabellado. Ni siquiera tenemos la certeza de que Weckerman vaya a encontrarse allí, excepto por lo que aquel oficial dijo a la señorita Weckerman. Y ese hombre pudo mentir. No es muy tranquilizador que el profesor no diera respuesta a la nota de la chica. Puede incluso que Bevington descubriera que Weckerman le traicionó y le haya cortado la cabeza...

En la cabina del trineo, las palabras de Breit fueron acogidas con abochornado silencio.

La voz de Breit volvió a hablar:

-Siento haber dicho esto. La señorita Weckerman tal vez me esté escuchando.

Sheafer volvió la cabeza para mirar a la muchacha. La vio en un rincón de la cabina con las manos crispadas fuertemente entrelazadas sobre la falda. Los ojos de miss Weckerman brillaron, pero ninguna lágrima resbaló de ellos.

-Sí, doctor, la señorita Weckerman está escuchando -dijo Sheafer apesadumbrado-. Naturalmente, rechazamos de pleno la idea de que el profesor haya podido ser descubierto. Eso echaría definitivamente por tierra nuestras esperanzas. Dios no puede haber abandonado así a la Humanidad en manos de un loco. Si la salvación del mundo depende del profesor Weckerman, entonces Weckerman está vivo. Vamos a ponernos de acuerdo... ¡Pith, pare este madito trasto y descanse mientras charlamos!

* * *

Negras nubes de tormenta volvían a oscurecer el cielo cuando el doctor Breit y sus dos compañeros llegaban a las primeras casas de Resurrección. El trueno rodaba en las negras profundidades del espacio anunciando inminente diluvio, y Breit se alegró de ello.

Tal vez las cosas empezaran a salir bien ahora, se dijo para animarse.

A su lado trotaba la señora Hagerston, lo más parecido a un espantapájaros después de haberse endosado un primitivo impermeable de canutos de paja, requisado al pasar de la choza vacía de algún campesino. En su agraciada cara tenía bastante barro para desafiar a cualquiera que intentara reconocerla.

Bill Hagerston se portaba bien en su papel de gendarme. Parecía tranquilo y marchaba con paso firme haciendo resonar sus fuertes botas claveteadas.

Breit se detuvo señalando una cabaña derruida por un rayo muy cerca del camino.

-Ése es un buen sitio para esconderse, señora Hagerston. El tejado chamuscado no la protegerá de la lluvia, pero será fácil de distinguir cuando pasen por aquí nuestros trineos.

La mujer asintió. En sus lindos ojos asomaron dos lagrimitas.

-Voy a pasar mucho miedo -aseguró apretando una mano a su marido. Y agregó maternal-: Ten mucho cuidado, Bill. No cometas locuras.

Breit echó a andar aguantando su risa. Tenía gracia que la mujer recomendara a Hagerston una prudente omisión de locuras, cuando todo el plan que iban a realizar era un disparate de arriba a abajo.

Hagerston le alcanzó en el callejón a la entrada de la ciudad. También llevaba bastante barro en las ropas y la cara para que no le reconocieran, pero aun así habría sido temerario entrar con él en la fortaleza. Hagerston podría desempeñar un buen papel quedándose en la plaza para cubrir a los comandos por la espalda.

-No olvide el capuchón azul, Hagerston. Podríamos confundirle con un gendarme auténtico sin algo que le identifique.

-Buena suerte -dijo Hagerston separándose de Breit para internarse por un callejón que le llevaría dando un rodeo a la plaza.

El trueno seguía rodando por el espacio. Breit se detuvo antes de entrar en la plaza y miró al cielo. Su olfato fue lastimado por cierto picante olor a goma y tela quemadas. Ya antes, mientras se acercaban al campamento, habían visto de lejos levantarse varias columnas de humo. Breit supo cuál era el origen de las humaredas al avanzar más en la calle en dirección a la plaza.

El Instituto de Inmigración ardía por los cuatro costados.

Otra quinta era pasto de las llamas en un lado de la plaza, el consulado de la Federación de Estados Asiáticos. Ante estos edificios ardían sendas montañas de muebles, colchones, incluso un automóvil. Las restantes humaredas debían corresponder a los varios consulados y legaciones de las representaciones de cierto número de estados terrícolas.

El populacho, enardecido, bailaba una zarabanda blandiendo antorchas alrededor de las hogueras. Había mucho humo en la plaza.

De pronto, Breit vio algo que le heló la sangre en las venas.

En el centro de la plaza se había erigido un patíbulo improvisado consistente en un tronco horizontal que se apoyaba en cada extremo en un caballete formado de otros troncos clavados al piso.

De aquellas barras, tan apretados que se tocaban unos con otros,

colgaban del cuello los cadáveres de once hombres y dos mujeres. Todos los ahorcados estaban desnudos.

Breit pudo contener apenas una exclamación de horror. Pensó que Bevington había llegado muy lejos esta vez al permitir, quizás estimular, este vergonzoso y cobarde atropello. Se diría que aquel loco, derribadas las últimas y débiles barreras que lo separaban de la esquizofrenia más exaltada, arrojaba definitivamente su careta y se mostraba tal y como en realidad había sido siempre: un maniático visionario, asesino de multitudes, opresor y tirano de un puñado de ex presidiarios, cobardes y timoratos.

Si alguna duda le había cabido a Breit respecto a la culpabilidad de Bevington en la peste que asolaba la Tierra, ahora cobró certeza cierta de sus sospechas.

Sólo porque consideraba a la Humanidad irremisiblemente perdida, al mismo borde del total exterminio, se atrevía aquel orate a dar suelta a sus bajos instintos de fiera. Acaso en la calenturienta imaginación de aquel hombre hubiese algún agravio que debía pagar la Humanidad entera. Breit estaba seguro que, en el fondo, Bevington despreciaba a la chusma cobarde y servil que le había seguido a Ganímedes.

¡Ah, pero Bevington se había precipitado esta vez! La Humanidad aunque moribunda, todavía respiraba en la infestada Tierra. Y esa Humanidad, al fin, haría pagar caro a Bevington su crimen.

Apretando los puños, Breit cruzó la plaza pasando junto al improvisado patíbulo. La chusma danzaba a su alrededor, gritaba, reía...

Los centinelas de la puerta principal del palacio-fortaleza apenas dirigieron una mirada al gendarme que cruzaba ante ellos. Breit pasó por una especie de túnel que tenía toda la anchura del grosor de la muralla. Ante el cuerpo de guardia, varios gendarmes se reían mirando hacia la plaza.

Breit siguió adelante, sin prisas, con naturalidad. Nunca había soñado verse en una aventura como ésta, ni imaginó que fuera capaz de derrochar tanta sangre fría. La sorda cólera que ardía en su interior le hacía desafiar todo peligro sin un pestañeo. En todo caso, tenía en la mano su metralleta para enviar al infierno a buen número de aquella gentuza antes que le despacharan a él.

Bill Hagerston le había descrito el interior del palacio sin apenas olvidar corredor ni puerta o ventana. Breit dejó atrás la primera muralla, cruzó el paseo de ronda, atravesó otro pasadizo de techo abovedado y desembocó en un patio de armas de piso empedrado.

Enfrente de Breit, una puerta enrejada conducía a las mazmorras. El laboratorio debía estar en algún lugar debajo de la pesada mole del cuerpo principal del edificio. Hagerston nunca había explorado aquella parte secreta del palacio-fortaleza.

Breit quedó mirando la verja de hierro, pero no se acercó a ella.

Si Bevington tenía a científicos como Weckerman recluidos en el laboratorio, trabajando para él en mortíferas bacterias capaces de producir la muerte de toda la Humanidad, entonces seguramente habría guardianes custodiando aquel peligroso depósito bacteriano.

La puerta que Breit veía no tenía centinelas, por lo tanto la desdeñó.

Por una escalera subió a una terraza, y de ésta, por otra escalera que daba vueltas por el interior de un macizo torreón, llegó a una alta plataforma desde la cual dominaba una vista sobre la plaza, y otra sobre un gran patio interior rodeado de un claustro con arcadas, en cuyo centro se levantaba un pabellón de cemento.

Desde lo alto del torreón Breit advirtió el centinela armado que vigilaba la puerta de acero del pequeño pabellón. Mientras estaba espiando, un hombre que vestía una bata blanca salió con una caja de cartón bajo el brazo.

Si había una escalera en el interior del pabellón, esa escalera conduciría sin duda al laboratorio.

Breit se retiró a un ángulo de la plataforma, sacó su emisora y estableció contacto con el comandante Sheafer.

-Estoy dentro del palacio, sobre el torreón más alto. Veo un patio a la derecha del patio de armas, y en él un centinela. Creo que es por ahí por donde se entra al laboratorio.

Un trueno retumbó sobre la cabeza de Breit. El día se hacía más fosco por momentos.

-Voy a esperar que caigan las primeras gotas de lluvia para acercarme al centinela -dijo Breit-. Apenas empiece a llover, pongan en marcha los trineos y vengan hacia aquí. La señora Hagerston está escondida en una cabaña derruida por un rayo a la entrada del campamento. Alguien deberá recogerla.

-Nos ocuparemos de eso.

-Nada más.

-Buena suerte.

Breit escondió en un rincón la emisora que ya no iba a utilizar. Volvió a la escalera y bajó a la terraza. Allí le sorprendieron las primeras gotas de lluvia. Bajó al patio de armas y buscó el pasadizo que conducía al claustro interior. Este pasadizo estaba cerrado por una sólida puerta de madera con grandes clavos de bronce. Golpeó con la aldaba.

Un portillo se abrió y un rostro asomó por el agujero.

-¿Qué quieres? -preguntó el gendarme que estaba al otro lado de la puerta.

Breit no había contado con esto. Tuvo pues que improvisar.

-El mayordomo mandó llamar a un guardia -supuso que en alguna parte

del palacio habría un mayordomo.

-¿Qué quiere el mayordomo? -gruñó el centinela.

-¿Y yo qué demonios sé? -contestó Breit en esperanto levantando los hombros. La lluvia arreciaba-. Abre, está lloviendo.

El otro rezongó, descorrió un pestillo y entreabrió la pesada puerta. El soldado volvió a cerrar. Breit había echado a andar cuando le detuvo la voz seca del otro:

-¡Espera!

Breit se detuvo en seco. Se volvió despacio, preparado para aplicar su puño a la nariz del suspicaz gendarme.

-Si vas a ver al mayordomo llévale esto. Con cuidado, la caja está llena de huevos.

Breit se encontró sorprendido con una caja de cartón entre las manos.

-¿Qué esperas? -gruñó el centinela.

Breit se alejó por el corredor sobre el que se abrían algunas puertas. Al fondo, otra puerta más ligera daba al claustro. Con su caja bajo el brazo, Breit abrió la puerta, salió y volvió a cerrar tras sí.

El aguacero se había convertido en auténtico diluvio. El piso del patio era un lago, pero el centinela de la puerta blindada aguantaba bajo el chaparrón. Breit cruzó corriendo el patio, metiendo la caja bajo la capa impermeable.

El centinela dijo, con los ojos entrecerrados, el rostro mojado por la lluvia:

-¿Tú donde vas?

-Debo entregar esto al jefe del laboratorio -dijo Breit, y mostró la caja de cartón.

-¿Qué llevas ahí?

-Ratas.

-¡Ratas! -gritó el gendarme para hacerse oír de un trueno fragoroso-. ¿Para qué demonios van a querer más ratas ahí dentro? ¡Ya hay bastantes en los sótanos!

-Son ratas blancas, para realizar con ellas estudios de embriología.

-¿Eso qué es? Bueno, no importa -gruñó el gendarme escupiendo agua-. ¡Maldita lluvia! ¡Entra!

Breit sintió que el corazón le llenaba todo el pecho al bajar la escalera de hormigón. Desembocó en un sótano espacioso, cuyo techo estaba sostenido por fuertes columnas. Varios tabiques de madera, ninguno de los cuales llegaba al techo, separaban el sótano en varios departamentos.

Un joven envuelto en blanca bata acudió al encuentro de Breit.

-¿Busca a alguien, gendarme?

-¿Dónde está el departamento del profesor Weckerman?

-Al fondo, todo recto.

Breit tomó por un largo corredor con puertas a ambos lados. La iluminación, pese a la fobia de Bevington por todo lo que significase progreso, era a base de tubos fluorescentes solares. Breit empujó la puerta acristalada del fondo y entró.

Reconoció a duras penas al profesor Weckerman. Éste estaba encaramado a una alta banqueta examinando algo al microscopio sobre un largo mostrador. Era un hombre alto, cargado de espaldas, con blanca y descuidada cabellera. Parecía tener veinte años más que cuando Breit lo conoció.

Breit se acercó al sabio.

-¿Profesor Weckerman?

El científico levantó su blanca cabeza. Sus cansados ojos se clavaron en el rostro de Breit.

-No tenemos tiempo que perder -dijo Stefan en voz rápida y baja, aunque silabeando para hacerse comprender enseguida-. He venido a buscarle. Amigos míos nos esperan para conducirle a la Tierra.

Weckerman expresó sobresalto.

-No sé de qué me habla, soldado.

-Soy el doctor Breit. Fui alumno suyo hace años. Usted envió una ampolla conteniendo virus de la peste negra por conducto de un cosmonauta llamado Henderson. Yo recibí el envío, mas por una serie de circunstancias adversas el cultivo se perdió. El gobierno americano decidió enviar una misión a Ganímedes para llevarle a usted. Creemos que posee los medios para curar esa enfermedad.

Los azules ojos del científico relumbraron.

-Espere un minuto mientras recojo algunas cosas.

CAPÍTULO VIII

-Espere un momento, profesor. ¿Dónde va usted?

Con un pie sobre el primer peldaño de la escalera, el profesor Weckerman se volvió hacia el joven de la bata blanca que antes había recibido a Breit.

-Acompaño a este soldado -repuso el profesor.

-¿Lo acompaña, a dónde?

-El señor Bevington desea ver al profesor -dijo Breit.

-¿Sí? Es extraño que yo no me haya enterado. Permítanme que lo pregunte por teléfono al propio señor Bevington. Vuelvan al laboratorio.

Breit crispó su mano sobre la ametralladora. Weckerman dijo:

-Siempre me figuré que era usted un maldito espía de Bevington, señor Farrier. Él le puso a mi lado para que me vigilara.

-Sí. Nunca estuvimos seguros, pero creemos que usted nos traicionó enviando una muestra del cultivo «B» a la Tierra por conducto de un cosmonauta llamado Henderson.

-¿Cómo puede decir que he traicionado a nadie? Nunca estuve con Bevington, sino en contra de sus métodos criminales de asesinato en masa. Estoy aquí porque me trajeron engañado, pero nunca he sido colaborador voluntario de sus malvados intentos de aniquilar a la Humanidad. Bevington está loco, y lo están todos los que le secundan como usted.

Farrier sacó una pistola del bolsillo de su bata.

Stefan Breit le disparó a quemarropa y el hombre quedó tendido al pie de la escalera, sin vida.

-Vamos, profesor.

La puerta blindada de arriba estaba abierta, y por ella asomaba su húmedo rostro el centinela.

-¿Ha oído disparos? -preguntó el gendarme sin sospechar todavía nada.

Breit hizo un solo disparo y el gendarme cayó de bruces quedando atravesado en la puerta. Tuvieron que saltar por encima de él para salir al patio, el cual cruzaron corriendo chapoteando en el agua de lluvia.

Weckerman apretaba bajo su brazo una caja de cartón envuelta en un hule.

Breit abrió de un puntapié la puerta del pasadizo cuando estallaba un trueno pavoroso. El tableteo de la metralleta quedó ahogado por el estruendo del trueno que hizo temblar todo el edificio. El centinela quedó tendido en el piso.

-Adelante, no se detenga -apremió Breit tirando del pesado portalón de maciza madera.

Salieron al patio de armas, el cual cruzaron también bajo la lluvia. Cuando alcanzaron el túnel bajo el torreón, Weckerman ya estaba

empapado de pies a cabeza. En este momento se escucharon tiros sueltos en la plaza acompañados del furioso tabletear de las ametralladoras.

-¡Nuestros amigos! -exclamó Breit-. ¡Llegaron en el momento preciso!

Mirando a la plaza a través del largo túnel, se vio un objeto ancho y aplastado que bloqueaba la luz procedente de la plaza. Breit asió al profesor por un brazo y lo arrastró de nuevo al patio de armas bajo la lluvia.

Un trineo aéreo salió zumbando por el túnel, pasó junto al sorprendido Weckerman y se detuvo en el patio. Se escuchó un grito:

-¡Papá!

El trineo giró sobre sí mismo sin tocar el suelo, descendió y cayó sobre sus patas con seco golpe. La cubierta de cristal se descorrió y la señorita Weckerman y Steve Gibbs asomaron sus excitados rostros.

Pith, ante los mandos del trineo, esperó impaciente mascando un tallo de hierba mientras Breit levantaba como una pluma al profesor y lo arrojaba dentro de la cabina en brazos de su hija. Todavía estaba Breit encaramándose a la máquina, cuando Pith hizo que ésta se elevara y pisó el acelerador dándole impulso hacia adelante.

Se necesitaba una pericia extrema y una sangre de hielo para guiar un trineo aéreo por aquel angosto pasadizo apremiado por las prisas y las balas que zumbaban por todas partes, pero Pith hizo aquello.

El trineo pasó bajo el torreón, cruzó bajo la lluvia el paseo de ronda, volvió a entrar en un túnel, pasó bajo la muralla y se llevó por delante dos gendarmes de Bevington que no se apartaron a tiempo. Repentinamente Breit se vio de nuevo bajo la lluvia cruzando la plaza en el centro de un granizado tiroteo.

Sólo entonces se dio cuenta Breit que el trineo que tripulaba era el elegante vehículo lleno de cromados de los Hagerston. El trineo holandés estaba en el centro de la plaza y el comandante Sheafer estaba detrás de su ametralladora gruesa barriendo a los gendarmes que asomaban por las murallas de la fortaleza. Muldrow había abandonado momentáneamente los mandos para hacer fuego con su pistola ametralladora.

Desde un extremo de la plaza vino corriendo un gendarme que se cubría la cabeza con un chocante gorro de celofán azul eléctrico. Era Hagerston, quien con su ametralladora había tenido a raya a la gendarmería que acudía a la plaza atraída por el tiroteo.

El trineo manejado por Pith pasó raudamente por la plaza, enfiló el callejón por donde había llegado Breit y se detuvo de pronto al llegar a las últimas cabañas del campamento.

La señora Hagerston salió corriendo. Todavía parecía un espantapájaros con su grotesco impermeable de canutos de paja. Breit alargó una mano, tiró de ella y la subió a pulso al trineo.

-¿Dónde está Bill? -preguntó la dama muy asustada.

Breit volvió la cabeza. El trineo pardo de los mineros holandeses salía zumbando por el callejón. Todavía su pesada ametralladora del techo escupía plomo hacia atrás.

-Ahí viene su marido, señora Hagerston -dijo Breit-. Pith, ¡adelante sin parar hasta la mina! -Breit reflexionó un instante-. Aunque se crucen en la senda todos los dinosaurios de Ganímedes en rebaño.

Pero la suerte que había sonreído a los intrépidos expedicionarios durante el asalto a la fortaleza siguió con ellos durante los mil kilómetros de loca carrera hasta la mina.

Pith batió sus anteriores marcas de velocidad empleando tres horas en aquel trayecto. Y no se encontró con un solo dinosaurio en todo el camino.

La mina seguía como la dejaron. Los merodeadores que tanto preocupaban al ingeniero jefe no se atrevieron a atacar.

Cinco horas después de haber abandonado el laboratorio de Bevington, donde había vivido recluido a la fuerza durante dos años, el profesor Weckerman trepaba a la cabina de la cosmonave de los Estados Unidos.

Tres meses más tarde llegaría a la Tierra, pero durante el largo viaje a través del espacio tendría la satisfacción de ver a su hija y al joven doctor Breit atraídos por mutua simpatía que pronto derivó en amor.

Weckerman, el mismo hombre que dio a Bevington el arma bacteriológica que estaba a punto de aniquilar la Humanidad, salvaría a esa misma Humanidad. Pero Weckerman no lo vería.

A los cinco días de desembarcar en el aeródromo municipal de Nueva York, Weckerman murió atacado de peste. Los antibactericidas que él había descubierto no habían empezado todavía a ser producidos en gran escala. Nadie le pudo salvar.

-Es justo -dijo antes de morir-. Es justo que muera así. Quien siembra vientos, cosecha tempestades.

¿Y Bevington, el falso profeta?

Aislado en Ganímedes, aquel loco no tenía la menor posibilidad de escapar. Era sólo cuestión de tiempo que las naciones terrícolas se prepararan para enviar al espacio la fuerza adecuada que reduciría a aquel loco furioso, «Enemigo Número Uno de la Humanidad».

FIN

Desde la Tierra, una cosmonave británica viaja a Júpiter llevando a los implacables ejecutores de la Ley, pero el infortunio se ceba en esta expedición dejando un solo superviviente.

Solo en un mundo hostil, John Fisher ejecutará primero su justicia personal, y luego se convertirá en tenaz espía al acecho del hombre a quien debe ejecutar.

EL PLANETOIDE MALDITO

Con este título

VAN S. SMITH

ha escrito un relato lleno de amenidad y dinámica acción que conducirá al lector a un mundo tropical donde «La locura de Bevington» se ha convertido en desafío y amenaza a la Ley y la Justicia del orbe.

Próximamente aparecerá en nuestra colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **6** *pesetas.*